

MIGUEL VÁSQUEZ PARADA

Fui lo que he sido



Escritos y poemas

Fui lo que he sido

Miguel Vásquez Parada

En estos meses nunca estuve solo. Fueron 9 horas en las que estuve en un quirófano rodeado de buenas energías. Luego de una semana y media en diferentes unidades de cuidado. Significó mucho volver a caminar al tercer intento. Mi corazón latía a 130 y simplemente no podía hacerlo. Pero pude hacerlo, porque muchos me estaban empujando. Creemos que tenemos la vida asegurada y damos por hecho el simple levantarse día a día. Incluso cuando hemos vivido la enfermedad en la familia. Hoy que terminó de pasar la última droga del octavo ciclo de quimio, no tengo más que agradecimientos. Son tantas las personas que me han sostenido de diversas maneras, que sería injusto olvidar a alguna. Pero cada uno de ustedes lo sabe. Gracias mamá por ser mi enfermera 24/7 y mi gran roca donde apoyarme. Te amo viejita, y gracias a cada uno de los que con sus distintas creencias y energías me ayudaron a pelear. Los tengo en mi corazón.

Miguel Vásquez Parada
29 de octubre del 2021

Prólogo.

Miguel Vásquez Parada fue un hombre querido. Afable con los suyos, pero implacable ante las injusticias. De trato afectuoso en lo cotidiano, pero con una pluma capaz de allanar hasta lo más sagrado. A Miguel le gustaba vivir. Vivir experiencias para luego convertirlas en verso y prosa. En su maravillosa suntuosidad literaria, agrupó los poemas que durante años acumuló en su bloc de notas, editando su primer libro a comienzos del año 2021, “Desperdigados”. Un texto tan disperso como la mente del poeta que lo escribió. Aquel libro habitaba en un espacio prosaico que dibujaba emociones tan cotidianas como complejas. La figura paterna se presentaba como un elemento fundamental articulando distintos escenarios en la vida de Miguel, como un referente que en su ausencia se hacía cada vez más presente.

Con este, su segundo libro, las motivaciones del poeta cambiaron radicalmente. Antes de su pronta partida, Miguel dejó instrucciones para editar “Tránsito hospitalario”, una obra que aborda su experiencia como paciente diagnosticado con cáncer. Un texto difícil de leer para quienes tuvieron la oportunidad de conocerlo, más aún, para quienes recibimos su amor y cariño. Frases como “...no puedo atravesar el dolor de la enfermedad, las esperas mortificantes de una vida que parece con su calendario lacerante preparando su extinción...” (*Al menos en esta vida*) nos deja un nudo en la garganta difícil de asimilar. Pero el tránsito hospitalario de Miguel también nos regala una radiografía de lo que es habitar un hospital público en Santiago de Chile. Desde conversaciones con otros pacientes hasta el sonido de las camillas recorriendo las cerámicas, en esta obra tenemos la oportunidad de acercarnos en primera persona, a conocer la condición humana de un hombre sensible circulando en la adversidad.

Y es esa sensibilidad la que desencadenaba en Miguel una pulsión de querer transcribir sus emociones. En virtud de aquello, me tomé la licencia de ampliar este libro rescatando numerosos poemas y textos que Miguel publicó en sus redes sociales, y otros que permanecían inéditos en su notebook y en su celular. De esta manera, “Tránsito hospitalario”

se convierte sólo en el primer capítulo de este extenso trabajo que recoge versos tan disímiles que hubo que hacer un trabajo de edición que ordenara sus poemas, escritos y reflexiones.

Al segundo capítulo lo llamé “La familia y amigos”. Una temática habitual en la pluma de Miguel en la que su padre vuelve a estar presente, pero acompañado con historias de familiares y amigos, incluyendo a sus mascotas que también eran una parte importante de su vida. El tercer capítulo lleva por nombre “El crítico”. Acaso el perfil más conocido en sus redes sociales, en las que esculpía su mordaz crítica al sistema, denunciando injusticias y atropellos, haciéndose parte de causas y ubicándose de manera clara en un bando; “...*la memoria viva es lo que permite damas y señores que no vuelvan a pasar las atrocidades cometidas contra mujeres, hombres y contra sus hijos durante la nefasta Dictadura y nunca jamás Dictablanda, como decía la miserable escoria plagada en su triste uniforme de auto proclamadas y vanas glorias...*” (*Será necesario*).

El cuarto capítulo evoca una de las grandes pasiones de Miguel, el “Fútbol”. Con una mezcla de crítica social, los poemas que albergan este capítulo cargan un marcado componente de nostalgia. “*De pronto vienen a mi mente tantos partidos pasados. Distintas épocas sociales, distintos equipos, distintos procesos personales. Hoy mientras lavaba unas frutillas, en el patio recordé esas mañanas en Japón. Cuando Neira, Tapia y Rozental me hicieron creer que seríamos campeones del mundo...*” (*Mañanas en Japón*). Además de jugar muy bien a la pelota, cuando se trataba de fútbol, Miguel no sólo era un hinchista, sino más bien, era un poeta romántico que conectaba con un deporte en el que el recuerdo de su padre también se hacía presente.

El quinto capítulo es una excentricidad. Corría el año 2011 y la efervescencia social por el movimiento estudiantil me motivó a levantar mi primera revista digital. La idea era abordar temáticas políticas, sociales y culturales. En este contexto, invité a Miguel a escribir columnas de opinión de carácter político, dándole algunas instrucciones acerca de la extensión y contenido. “Un trabajo serio” diría mi yo de ese entonces. Miguel acepta, pero con una condición, que sus columnas vayan con la firma de “Rolo Medina”. ¿Por qué ese nombre? –Le pregunto. A modo de sátira, me cuenta, que el seudónimo lo sacó de un personaje de Sandro en la película, “El deseo de vivir” (1973), en la que interpreta a un

atractivo joven y adinerado deportista que, pese a llevar una vida llena de lujos, placeres y bellas mujeres, siente que su vida no tiene sentido. Me causa gracia el seudónimo y le doy luz verde para que comience a escribir. Acto seguido, Miguel no respeta ni la extensión ni las temáticas que le planteo. Escribe unos relatos en los que mezcla la opinión, la crónica y la novela. Una cosa rara pero que se hacía muy entretenido de leer. Finalmente dejo que escriba lo que quiera. Y en las siguientes revistas que lancé, Rolo Medina se hizo presente con comentarios de películas y cuentos que dejé con sus respectivas fechas de publicación, en este capítulo especial del libro.

El sexto y último capítulo y también, título del libro, lo llamé “Fui lo que he sido”, en base al poema homónimo el cual destaca por su brillante cadencia y lacónica mirada de un hombre que intenta encontrarse en un escenario que le es ajeno. Un auto retrato que recuerda la visión crítica de Enrique Lihn y su constante desarraigo con los tiempos que vivió, así como con el compromiso estético de Roberto Bolaño, “...*entonces salté la jabalina de la sucia avenida / y recordé la mortandad de los escritores admirados / ninguno sobrevivió a su tiempo, ni a la hoguera de los años / Fui lo que he sido, y no me arrepiento / pude ser más, pero así fue mi cuento*” (*Fui lo que he sido*). Este capítulo es el más extenso del libro. El más íntimo. La puerta hacia el alma de Miguel, que nos invita a seguir conociéndolo a través de estos versos.

Este trabajo es un homenaje póstumo a quien fuera hijo, hermano, amigo, amante, pero por sobre todo, poeta. Nos regalaste un pedazo de tí en cada palabra que escribiste. En cada historia que narraste. En cada broma que hiciste. En cada abrazo que entregaste. Es imposible entender por qué pasan las cosas. La rabia y la pena se entrelazan en un espiral de tristeza. Pero citando el poema “Dejar partir”, hay ciertas cosas que no dependen de nadie. Hoy nos queda el bonito recuerdo de tu presencia y de estos versos, para volver a escuchar tu voz.

Un honor haberte conocido, querido Miguel.

Guillermo Soriano Urrutia
1 de julio del 2023

I.

Tránsito hospitalario

Escribir es lo único que me queda

Escribir es lo único que me queda, cuando las palabras no flotan lo suficiente desde mi boca, y me encamino por un despeñadero de silencios, murmullos con torpeza asumida, agonía en la garganta y lágrimas a las que simplemente no se les para la raja salir.

Entonces escribo el descalabro que traigo bajo mi gorrita ploma o verde, algunos lo saben. Una es para es mi salida de gala y otra para echarme pedos en mi pieza.

Cuando ni una buena canción, ni una buena película que recuerdas haber visto varias veces, ni siquiera tus animales domesticados podrán hacerte hablar.

No te sientas intimidado a escribir lo que te pasa, porque eso puede ser todo lo que nos queda. También a ti.

Dormir un carajo

- Sara, Sarita. Sírveme un tecito?

- Jorge ¿qué andas haciendo malilla?

Aaaaaaaaay ¡ustedes me torturan!

¡Me duele! ¡Tengo calor! ¡Tengo frío!

- ¿Lucho, eres tú?

- Tráeme un vasito de agua que aquí son mañosas.

Pero en esa unidad de tratamientos intensivos no estaban ni Sara, ni Jorge, ni Lucho, ni ningún conocido de Graciela. Es más, Graciela ni siquiera sabe que está en un hospital.

Y son las 4 am, ganó Colo-Colo, y seguramente una bomba estalla en Palestina o una bala atraviesa el corazón de algún mapuche en la Araucanía. Pero nada de eso ocurre para Chelita.

Así le dicen las enfermeras más pacientes. Yo no tengo esa virtud. Pero la respeto Doña Chelita, aunque se meta en conversaciones ajenas que tengo con el doctor de turno.

Advirtamos que sin usted tampoco es que podría descansar mucho más con estos focos encima y la estridencia incesante de los equipos médicos.

Pero voy a intentarlo otra vez Graciela, y cerraré los ojos, aunque ni usted ni yo podamos dormir un carajo.

Tamarugal

Estoy acostado. Delirando por un opiáceo. Veo caballos galopar en las carreteras. Son exponentes de la más salvaje belleza conocida.

Reconozco un tamarugal en su mejor edad a un costado del paisaje. Y el sol comienza a esconderse a la orilla de esos oteros.

Las puertas que me rodean cierran abruptamente, a portazos impropios. Sin garbo alguno. Entra un personaje cubierto de plástico.

Es un héroe que combatió una pandemia devastadora y que acabó con la vida humana. No lo sé. Es el tipo que me trae la morfina.

Y eso basta.

La única rosa del yermo jardín

Hospitales helados, desérticas mañanas con olor a cloro gel, lumínicas sonrisas apagadas.

Por la fila de atención, semi precaria de público. La máquina que entrega los números falla.

El abuelo entrega manualmente el sinsabor de la desdicha. Así puede ser el pasado.

Pero hoy en mi pieza hay una arcaica ventana, y da hacia un patio. Como te imaginas un paisaje árido, desatendido, prolífico en malezas y suplicando por la lluvia.

Pero la lluvia no viene. Da lo mismo, la abeja aprovecha la única rosa del yermo jardín. Y yo aprovecharé esa vieja y celestina ventana.

Salvador

Tanta risa me molesta, pero no me atrevo a quejarme. Miro caras ajadas y curtidas por el subempleo. Una voz interior me despabila. "Que rían de buena gana, compañero, que están al frente de una crisis hospitalaria, que también son masa trabajadora que mueve al país y a la que tan mal se le paga".

Mis caprichos neófitos de pequeño burgués por obtener silencio absoluto se desvanecen. Creo sentir voces en la lejanía de este hospital derruido de más de 150 años. Aquí todo parece crepitar infinitamente. A lo lejos una radio de otros años emite melodías en desuso. Lo agradezco con humildad.

¿Cuántas almas rondarán por este nosocomio de pasillos sombríos?
¿Qué buscarán entre todos estos tristes vivos? Esa radio dejó de sonar hace años, me dijo un auxiliar. Y tomando su traperero desapareció de mi vista.

Huachito, me decía

Cacho era un boliviano de poco más de 20 años. Había perdido una pierna en una faena minera, pero en circunstancias que un niño de 8 años de esa época ahora no recuerda. Pero si recuerda como con su pata de palo se daba maña para el trabajo en Ujina, cerca de Pica.

Un pelusita pobre del norte chileno, abandonado por su madre y cuyo viejo apenas sabía hacerle unos inventos en la improvisada cocina en la que vivían en Humberstone, desde donde habían emigrado y cuya textura similar a las pantrucas expiraban al otro día. Ambos salían a buscarse la vida.

Mientras el padre lo intentaba en lo que fuese, el crío se pegaba al altiplánico, ayudándolo a espantar cóndores del pastoreo de ovejas que tenía. Hoy el eco profundo de la habitación es testigo de las historias de Don Nelson, 78 años, y cuyo metro 85 poco guardan relación de aquel niño vigilante de cóndores y ovejas.

Un viaje a rayos X

Vienes a mí disfrazada de nostalgia, pero sólo eres una brisa espuria, un reflejo metálico.

Enfilas por el corredor, como una camilla frenética hacia la sala de rayos.

Voy encontrando tu cara en el techo del pasillo.

Me besas como esa vez en que los malabaristas se equivocaron por tu belleza en un semáforo de barrio cuico.

El auxiliar me habla de su planta *indoor*. Está fina, me dice.

Voy aterido de frío, pero pasan unas doctoras que nos sonríen.

No, no nos sonríen.

Yo sigo en morfina, y el cuadro de la recepción parece una copia ordinaria de Chagall. O eso creo.

No sé de pintura.

Me hago el dormido

La sopa, rica. La jalea, sabrosa. El té, sublime.

Todo es tan delicioso en los sueños de un triste paciente.

Mientras, la pila del audífono caro del Pelao Mac Allister empieza a chillar más que los equipos médicos.

Es de madrugada, y varias cabezas se asoman para saber si sigo durmiendo o me hago el dormido.

Calléuque el loro

La kinesióloga parece motivar de gran manera a Don Luis. El hombre es coqueto por naturaleza, y pestañea como dibujo animado, aunque su visión es muy limitada.

Hace 40 años dedicado a la desabolladura y pintura de autos, es también un judoca senior, pero apenas lo delaté me dijo "Calléuque el loro" con una sonrisa de oreja a oreja. Yo le puse música de entrenamiento para sus ejercicios.

Los dos llegamos a esta sala el mismo día. Y desde entonces pasamos hablando de comida y música. Cuando salgamos nos debemos una cazuela. Don Luis se parece tanto a un amigo de infancia, que casi están de cumpleaños el mismo día. Pero nacido en 1943. Inverosímil.

Segundo Round

Vengo sentado en el asiento detrás del copiloto. El conductor tiene un aire al Doc Emmett Brown. Y eso me distrae un poco de la pena.

Me han pateado en lo insondable. Demolido, acepto la destrucción de una pequeña luz de esperanza.

Yo no soy un luchador innato, pero hay veces en la vida en que no tienes otra opción.

Vuelvo a recorrer esos pasillos crepitantes y la pequeña radio volverá a emitir sus canciones en desuso.

Retornarán las náuseas innumerables y la terrible sensación de las drogas más duras. Dicen que las segundas partes nunca son buenas.

Pero ya tuve una primera horrible. Esto es un segundo round y aquí estoy, con los guantes esperándote otra vez.

Las ruedas

Las ruedas se desplazan como machacando la cerámica. Ahora hay tres tipos con el mismo nombre en la pieza. Algo que parece insostenible.

Uno en la esquina de la ventana, donde el foco ilumina su cara agria y furiosa.

El otro está llamando por teléfono como un otario. Pero nadie le contesta.

Y el peor de todos. Un tal Miguel Vásquez, con un libro en sus manos manchado de té en sus hojas o quizá vino.

Un día de julio

Una montaña de hojas secas se desploma desde una gran altura.

El golpe es seco, estrepitoso, y la ventana más próxima tiritita de miedo.

Una mujer hermosa de Haití discute con un viejo pelao sordo y sin dientes.

A mi izquierda un caballero no vidente busca a tientas su pato para mear.

En el fondo hay un señor que ronca como lobo de mar valdiviano.

Y yo estoy aquí, estirando todo lo posible la sábana para que me cubra por completo.

12 minutos

Un abuelo en Youtube escuchando a un humorista de los años 80. A su lado un recién operado, lo mira de reojo con un instinto malsano.

Nuestro amigo Luis sigue sin encontrar su urinario en la mesa. La enfermera me ofrece jalea nuevamente, pero yo he logrado escapar hacia el baño.

Sé que son 12 minutos exactos para volver.

Alguien

Alguien que desconecte todos los cables del hospital.

Alguien que consiga la paz y el silencio de pacientes.

Alguien que deje de gritar en la madrugada por nombres de personas que ya no están.

Alguien que arregle todos los baños.

Alguien que apague la luz para siempre.

Alguien que lance los dados de una buena vez.

Alguien que no sea yo, porque voy camino a mi casa escuchando una radio fome y pensando en comerme unos quesos y tomarme unos 245 vinos.

Capaz de degollar ruisseños

Hasta cuándo puede aguantar un hombre en sus 80 años. Famélico, pero todavía ferozmente cuerdo.

Con una lengua bípeda cuestionando todo, como un pirómano vetusto y siniestro.

Y sus ojos disparan deudas hospitalarias, desdenes familiares, portazos de jefes fascistoides.

La vida misma de espalda como un gato malhumorado capaz de degollar ruisseños.

Sin saber

Luis Verdugo me dijo que tenía el maldito cáncer. Es la sala de espera de un consultorio municipal.

Con cierta incertidumbre que a veces sólo los ojos de los viejos ferroviarios tienen. Emite un sonoro estruendo que reverbera en su pantalón color caqui.

Una delicadeza ufana para estos tiempos tan compuestos, tan comedidos. Me ofrece un cigarro, el mismo que lo está matando. Le doy las gracias, pero no fumo.

Nos despedimos sin saber que compartimos el mismo doctor.

Al menos en esta vida

Puedo atravesar recuerdos y colores.

Sonrisas bajo las sábanas, mañanas sentado en una banca de madera.

Puedo atravesar la lluvia en un domingo de mayo, cariños y besos entre mis perros como si no hubiere más días.

Puedo atravesar canciones pasadas de moda, inyecciones y 18 vómitos durante una noche.

Puedo atravesar esos ojos grandes y profundos como el eco de un cerro y aguantar el desamor de los romances líquidos.

Pero no puedo atravesar el dolor de la enfermedad, las esperas mortificantes de una vida que parece con su calendario lacerante preparando su extinción.

Aunque te drogues con morfina en algún momento volverás a enfrentarlo.

No puedes atravesar el dolor cuando su presencia diaria te despierta en la madrugada.

Aunque levantes la bandera blanca tantas veces y el carcinoma te haya sacado la cresta en el suelo, no puedes atravesar el dolor.

Al menos en esta vida.

A plena luz del día

Voy arrancar de la muerte como hacen los gatos.

Caeré de pie a plena luz del día.

Surcaré por arenas movedizas con el cuello erguido y la dignidad del que mira de frente.

Voy a pasar de largo las iglesias y todos sus dogmas. Los sermones y monsergas serán para otro, pero asomaré mi corazón hacia la vida sagrada de los amaneceres.

Ahí donde el jardinero estira la manguera municipal, ahí donde el panadero apaga su despertador a las 3 y media de la mañana.

En mi mente divagan jugadas de fútbol inmemoriales y sempiternas.

Amagues en la calle, con una luz tenue y anaranjada, evitando autos y alguna que otra piedra en las caídas.

En un barrio cualquiera de 1992, y se juega hasta las horas en que a muchos nos terminaban retando.

En dichas ensoñaciones está la luz de mi salvación.

Entre gatos piojentos, amaneceres helados, jardines húmedos y pichangas infantiles que volveré a jugar en el nombre de Cristo, salud.

Un tipo optimista

Últimamente ha cambiado mi vida. Ha sido rápido y complejo cada día.

Vivo agradecido de cada gesto, cada cepillada de dientes, cada comida, cada hoja otoñal que cae sobre el patio, sobre el quincho donde antes alegre disfrutaba de servir a mis invitados.

Cuento los limones amarillos y los no tanto. He descuidado ciertas labores domésticas, pero no porque no quiera. Me rio constantemente entre recuerdos, humaredas y borracheras pasadas. Son demasiadas.

Suena el teléfono varias veces a la semana. Son almas bellísimas que no te olvidan y yo tampoco a ellas.

Unos libros me acompañan en mi tratamiento, y las enfermeras corean canciones masoquistas de tiempos ya vividos. Mis vecinos en la sala roncan en diversos matices. La radio está a un volumen un poco más alto del tolerable.

Pero yo estoy en la esquina opuesta de la sala. Y las chicas además parecen muy felices con la radio Imagina. Me sé unas cuantas que me desaniman; despechos, desamores y amores incompletos, pero esto dura lo que dura el coro principal.

Luego vuelven las risas en mi rapada cabeza y con esto el futuro optimista que todos los días sueño.

Soy un tipo optimista, y esa es mi fortaleza.

Una vuelta a la manzana

Una vuelta a la manzana. Camino con dificultad. Las piernas flaquean sobre todo en las pequeñas subidas.

Me despercudo de pensamientos negativos y me subo los jeans que el cinturón ya no puede afirmar.

Asigno de inmediato la tarea de hacerle un nuevo y artesanal orificio que le devuelva su funcionalidad.

Saludo a los siempre vetustos vecinos con rutinarios ademanes. Debería conocer sus nombres, y dejar esos gestos automáticos y muérganos.

Pienso en la mujer indeleble que se despierta conmigo; y se baña conmigo, almuerza conmigo y finalmente se duerme conmigo.

En mi cabeza naturalmente, ya que no nos volvimos a ver. Sospecho además que se oculta y no quiere ser vista, ni siquiera en sueños.

Regreso a mi casa y mi perro me devuelve todo lo que perdí en este pequeño paseo, en esos pasos que constituyen una vuelta a la manzana íngrima, con la única compañía de mi mascarilla, una carpeta médica y ella, la mujer en mi cabeza.

Dejar partir

Todos te piden que sigas luchando, que no claudiques, que seas fuerte. Nadie te quiere ver descansar en paz alejado del dolor, en la tranquilidad del que nada siente.

¿Será egoísmo, señor? ¿Será que un desdichado debe soportarlo todo?

Desde la cómoda ausencia de la enfermedad no puedes interpretar la angustia y el demoledor sometimiento a un dolor abrasivo cercenando tus ganas cotidianas de querer estar mejor, de pensar positivo y esperar un destino halagüeño.

¡Qué más quisiera yo que el futuro que imaginan pudiera ser el mismo para mí!

Nadie está enfermo porque quiere.

Entiendo el amor como un continuo soltar y dejar partir, lo entiendo como aceptación de que hay ciertas cosas que no dependen ni de ustedes ni de mí.

II.

La familia y amigos

Un hombre feliz en la hípica (A mi padre, Miguel Evangelista)

Un hombre feliz en la hípica.

Sabía de pesos, de pistas, de tiempos, de jinetes, de preparadores, de premios y apuestas. Sabía ganar y compartir sus victorias.

Sus derrotas fueron mayoritariamente milimétricas. Nunca juegos por jugar. Esto no es apostar y perder plata.

No es para los huevones, me curtía desde muy niño. Un hombre feliz en la hípica, un hípico antiguo y de corazón.

Los viejos amigos

Los viejos amigos se mimetizan y se bifurcan
son los años pasados jueces y partes del escrutinio de barra
mirada contra mirada y la complicidad aprendida en los torpedos
se reconocen en las derrotas y se felicitan en las victorias
no importan si han sido pírricas, sudorosas o sangrientas
los viejos amigos saben envidiar el drama ajeno y relativizar
el triste encanto del destino que los intenta separar
pero saben darse cuenta que es un vano e ilusorio afán
porque la cercanía de sus espíritus vencerá la agonía de la distancia
y aunque idas o venidas los movilice en cuerdas flojas
no existe cerveza o vino que no les devuelva al inmortal rito
que algunos tienden a llamar amistad.

Ahí estaba mi padre

Ahí estaba mi padre y su simiente bendito
sempiterna nostalgia de sus caminos
sus monsergas violentas, soledad o destino
en su cara hoy el tiempo marca a golpes el pasado
viejo pobre o triste pero siempre honrado

Ahí estaba yo, fenómeno mortal que algunos llaman hijo
Un gañán pelusón con su barba de meses, sin ducharme a menudo ni
de forma frecuente

Ahí estaba yo, astronauta de alcoba y de paso silente
un juglar retorcido ,vagabundo y sonriente
Ahí estaba yo, sin trabajo estable ni un oficio aparente
sin dinero y con un montón de deudas
en el cuerpo y en la frente

Ahí estaba yo, sin ser abogado, ingeniero o doctor
cualquier cosa distinta para un padre es peor
Ahí estaba yo, una mueca fugaz entre cada domingo
sustantiva apatía apaleada por las ganas
de tomar un buen vino o fumarme sus revistas
de carreras de caballos o de hípica,
como él suele decirles

porque mi padre no es fanático y hace siempre distancia
a los adjetivos más recurrentes en las jergas o usanzas
Ahí estaba yo, un pretexto solemne para sus diatribas
el amanecer más turbio de sus mañanas suicidas
una mirada penitenciaria contra mis peores modales
un abismo ideológico entre sus mostachos bestiales
Ahí estaba yo y seguiremos estando
pues mi padre conmigo morirá rezongando.

Por cubrir

El último regalo de Nicole.

Ubiqué estratégicamente su obra para que disimulara una de las tantas víctimas de zancudos que llevo a mi haber.

De alguna u otra manera es el color de la vida sobre la muerte.

Sé que seguiré disfrutando del arte de mi sobrina de 8 años, porque son varias las manchas por cubrir.



Sin prisas

Vine al mundo para curarte.

Yo te elegí cuando querías morir junto a tu viejo.

Sané tu dolor y te amo como ningún humano jamás te amará, más a que si mismo.

Todo esto creí leer en la mirada de mi perro, mientras el sol matutino se despliega pletórico sobre las rosas y un caracol intenta no caer afirmado en un pequeño tallo.

Un vecino nos interrumpe con una voz sacada de alguna película retro.

Lo saludo con un leve movimiento, como a ritmo de domingo en la mañana, cansino y sin prisas.

El quinto Beatle

George Best era como el Pelé irlandés, decía mi papá, en esta foto todavía no decidido a llevar su característico y pulcro bigote.

Lo acompaña mi mamá y Ximena. Pero Best no era irlandés, era norirlandés, aunque da lo mismo. A la fecha de la foto, el ídolo del United ya había ganado un Balón de Oro, y usaba una melena similar a la de mi viejo.

Más allá de los Peace Lines y de los tiempos difíciles "The Troubles", Best se tomaba una birra con protestantes y católicos, y no era un ejemplo para nadie.

Un antihéroe con todas sus letras, el quinto Beatle.



Sillas de playa

Bendito fuiste ayer. En un sueño vi a mi padre. Estábamos sentados en dos sillas de playa.

La marea arreciaba y nos tapaba por completo. Pero luego el agua se retraía y volvíamos a reír en la arena, con el pelo lleno de algas y el bigote de cada uno empapado.

Mojados y estilando nuestras ropas, atravesamos lugares surreales e indescritibles, sin soltar jamás nuestras vilipendiadas sillas de playa.

Buscamos un destino que no cabía en el planeta.

Viejo cagado

Veo cruzar a mi perro el umbral de la reja que contempla el canil del parque más cercano del barrio.

Es un perro de barrio. Lo saben las viejas sapas y las no tanto, lo saben los perros pendencieros y de los otros.

Incluso lo sabe el vecino que siempre lo pilla cagando en su pomposo y elegante según él, antejardín.

Limpio la caca, pero el viejo me evita, porque sabe que volveremos a pasar mañana por ahí. Viejo cagado.

Características gordinflonescas

Conozco un amigo dedicado al arte.

Digo dedicado, porque no es del tipo que compra en un aserradero del primo un trozo de madera como velador y lo vende en 200 mil pesos bajo el concepto de "Tronco chic".

Ni recorre escenarios ni circuitos cerrados por la burguesía pseudo intelectual. No, el tipo se entrega por completo a la pintura en sus diversas formas.

Es un tatuador avezado. Es un autodidacta, un gordo bellissimo con el que puedes reír a carcajadas mientras tararea una canción de caídas (de gordo obviamente), o alguien que miras con el embeleso del aprendiz ante el maestro.

Con apenas 10 y 8 años jugábamos en el jardín de los viejos edificios contiguos en los que crecimos. Gordo vecino, recibía el pase y caía sobre las flores que Don Tito con esmero cuidaba. Nos retaban, y fin del fútbol.

Un gigante y a la vez algo tosco en sus movimientos que puede sacar canciones sólo con el oído.

Gordo querido, cuyo padre cumple años el mismo día que el mío partió.

Ambos viejos están en algún lugar a su modo, orgullosos de sus hijos. Todo esto lo pienso, mientras voy por la calle y me encuentro a alguien de similares características gordinflonescas.

Caminar desenvuelto y perra chica a su lado. No, no era la Olguita, ni mi amigo Gorila.

Los celos de los animales

Me gusta harto esta foto. Llevaba unas horas de regreso de mis vacaciones. Aurora acapara el amor en cada rincón del patio, y parece querer establecer ciertos privilegios que se ha ganado con mansedumbre y humildad.

Ha dejado mi polera llena de pelos, y Vitto que la dobla en tamaño abre sus fauces para tragarse a su compañera de espacios, con la sutileza que a veces se le niega a su naturaleza de perro. Son pequeños celos en cualquier caso, nimios si se quiere.

Quizás los únicos soportables, los celos de los animales.



Una noticia horrible

Aurora tiene estrictamente prohibido entrar a mi pieza por su incontinencia urinaria.

Pero pilló la puerta abierta y yo veía una noticia horrible. Un perro electrocutado en Quinta Normal.

Entonces saltó a mi cama siempre deshecha y desordenada, como quien ofrece amor y compañía.

Puso su patita en el control remoto y me sentí un poco menos triste.

Reír

Papá inventaba muchas tonteras para hacernos reír.

No necesitaba demasiado para conseguirlo.

Yo me entretenía tirando su bigote y detestaba el roce de la arena o la tierra entre mis dedos.

Patty nos mira divertida. Fuimos niños felices y queridos.

Un beso al cielo, bigotito amado.

III.
El crítico

Yo tenía mis dudas.

En vísperas de navidad los inmigrantes
parecían más felices que
los estúpidos trabajadores chilenos.

Parecían disfrutar este país, lleno de abusos y de mierda.

Siempre una sonrisa se dibujaba en sus dientes de perla o en el
exquisito condimento de sus preparaciones de comida.

Quizá esto era mejor que la muerte.

Yo tenía mis dudas.

Como cada domingo

Como cada domingo
eligió los mismos números
como cada domingo
volvió a creer en la suerte
como cada domingo
negó su derrota diaria
como cada domingo
se sintió con fe
como cada domingo
perdió un billete más
como cada domingo
le alcanzó para soñar
como cada domingo
lo que en toda su esclava vida
como cada domingo
no podrá nunca jamás pagar
como cada domingo
prefirió volver a apostar
como cada domingo
el sistema lo vuelve a cagar
como cada domingo
la lotería compensará sus derechos
como cada domingo
los derechos conculcados por un Opus Dei
como cada domingo
olvida que su vida fue violentada
como cada domingo
por un narco y ladrón genocida
como cada domingo
sufre de amnesia temporal
como cada domingo
piensa en las nuevas elecciones
como cada domingo

cree que algo cambiarán.
como cada domingo
su tiempo parece acabar.
como cada domingo
la esperanza se va a marchitar.

Ladrones domésticos

Allá va el delincuente
lo saben en su población,
lo sabe el guardia del supermercado
lo sabe también por cierto,
el periodista de la televisión
corre rápido entre la gente
no tiene apellido rimbombante
mira las vitrinas lujosas
sin ninguna maldad aparente
le han ofrecido tarjetas comerciales
no conoce muchas palabras
y en su guata murmura el hambre.

Su padre también fue ladrón
su tío, su hermano y su primo Ramón
en su familia han estado todos presos
es más bien un tipo errante
sin futuro ni atenuantes
cara risueña, famélica espalda y pies livianos.

Una vez nacido ladrón no consigue más trabajos
su rostro en cada comisaría, su vida un sin salida
robar ya no quiere hacerlo y escribir apenas puede
si naciera de nuevo preferiría haber sido un animal
nacer en Providencia o Vitacura o cerca del Hotel Hyatt
tener una beca importante para poder estudiar abogacía
salir del barro y también del barrio,
defender de los golpes a su tía María
mudarse de calles y de comunas,
siempre sospechosas para la policía

En cada noticia de la prensa o la radio le dicen marginal a su pobla
y por eso quisiera tener una carrera y el pelo más claro

como esos modelos de las revistas del año
o quizá ser futbolista como Vidal, Medel o Sánchez
pero la suerte es sólo para algunos gigantes,
o unos pocos pulidos diamantes
nunca nadie en su familia destacó haciendo deporte
sólo sabe correr por Estado, Moneda o Ahumada
algunos roban en el Congreso
y se hacen llamar honorables
pero nuestro amigo de lo ajeno no entiende mucho
de política, lobbys o Constituciones ilegítimas
entonces transforma sus pasos
en furiosas velocidades centrífugas
todo vale dicho sea de paso
por una cartera, un celular o una gargantilla
a veces vuelve a casa con dinero o sin nada
de vuelta a su pobla, de vuelta a la cornisa.

Estados Unidos en la ONU

Hay días en que me siento más solo que Estados Unidos en la ONU votando para mantener el bloqueo criminal sobre una pequeña pero a la vez hermosa isla.

Un lugar que envía médicos y ayuda humanitaria hacia el corazón del ébola, una tierra tantas veces asolada por la propaganda mordaz y por la necia comparación de la falta de recursos, ignorando hasta en términos paroxísticos que el consumo no es desarrollo, que el consumo no es desarrollo, mierda oh supina ceguera del primer mundo.

Tú que violentas con tus héroes maquillados, la degenerada victoria que quisieras.

Tú que en cada sala de cine amorfo y chato nos entregas tanta previsible imbecilidad.

Junto a la bebida que financia la tenebrosa diabetes, y un poquito de maíz artificial salado o dulce.

A 90 millas del imperio. A 90 millas de la enferma obesidad mórbida de sus habitantes.

A 90 millas de un triste monigote que se apellida Obama.
Títere Nobel de la Paz, de cuál paz?

Y testafarro del villano que cubre gran parte del globo terráqueo sediento de vender y vender más millones en armas, y de saquear naciones.

Y a veces me acompaña un asqueroso sentimiento de superioridad israelí, reafirmando la estúpida complacencia o el egoísmo más contumaz del que prefiere sacarle la foto a un niño hambriento en vez de compartir su alimento con él.

Y miro con indiferencia la matanza con la que un ejército cobarde azota con sus negras balas a todo un pueblo palestino heroico y bello que resiste como puede, y pienso en la inutilidad de mis letras y me desangra la amargura de mi condición de testigo privilegiado de la muerte.

Verano Funesto

I

En la ciudad contaminada la vida de los animales se pudre, los puedes ver con corbatas de seda, zapatos de charol y finos lentes.

Con relojes dorados, la barbilla pulcramente afeitada y sutiles maletines de cuero con el pelo recién cortado y los dientes brillantes.

Corriendo entre la masa uniforme pero a la vez distante subiendo y bajando escaleras atosigadas en una monótona tristeza.

Millares de gentes, evitando la decepcionante realidad golpeando día a día la profunda desolación de los amores perdidos o quizá sólo apurados para comprar la última moda tecnológica.

En la esquina una vieja vende los diarios a la espera febril de los necios cazadores de mentiras maquilladas, repetidas y trilladas pero sin vidas inverosímil imbecilidad de tiempos sin tiempos.

Aumentó la delincuencia reza el titular la cara sin gracia de la última reina del festival en un recuadro colorido pero soso al mismo tiempo perdió tu equipo de fútbol favorito y no es milagro y en el extremo inferior izquierdo en apenas dos centímetros se lee:

"Cómo Chile llegó a ser un país modelo"

Mientras en Tirúa, otro mapuche es asesinado por la espalda y quizá la agonía de vivir en su tierra despojada ha terminado.

II

Sobre el cemento caliente caminan los animales su tránsito es un feble espectáculo de apariencias.

Sus frentes están limpias pero vacías y una guagua que deberá entender el porqué su padre se quemó a lo bonzo murió esperando por mejoras salariales y por el derecho conculcado a la vivienda.

Y en la tele han dicho que tenía esquizofrenia, muy común por estos días era un tipo conflictivo dijo la vecina María, cuyas arrugas se ven triplicadas por la cámara y por la luz seguramente.

Hoy es 23 de febrero y algunos esperamos una lluvia diluviana que sane y repare este funesto verano y sus ardientes desgracias.

No me gusta setiembre

No me gusta setiembre. A mi hígado tampoco.
No me gusta setiembre, la gente baila y yo me caigo.
No me gusta setiembre, porque está escrito a fuego.
No me gusta setiembre, porque veo a un pueblo enfermo.
No me gusta setiembre, porque es una locura destructiva.
No me gusta setiembre, yo prefiero la creativa.
No me gusta setiembre, y no me va a gustar nunca.
No me gusta setiembre, sí la chicha y la empaná, son la cumbia.
No me gusta setiembre, con sus huasos alemanes.
No me gusta setiembre, con los huesos de animales.
No me gusta setiembre, y prefiero octubre.
No me gusta setiembre, y pa tomar no necesito costumbre.
No me gusta setiembre, y me despido.
Con el recuerdo del vino, qué vino, más vino.

Un puñado de esperanza (primera vuelta presidencial 2021)

Yo no voto por intereses creados. No me interesa un puesto político, ni me pagan por hacer esto, ni espero nada a cambio. Pero la contingencia lo amerita. Sin tibiezas ni medias tintas. No me expuse en la calle con mi mano fracturada y recién operada para que un pinochetista pueda ser una opción. No me quemaron las aguas rancias y químicas (la cara y el cuerpo) del guanaco para que alguien que rechaza una Nueva Constitución pueda ser opción.

Gente fue asesinada para cambiar este sistema que se impuso a sangre y fuego. Creo en un país donde el presidente no puede imponer su moral ultra conservadora a los demás. Creo en un país donde se respeten los pocos derechos sociales que no han sido conculcados en estos últimos 45 años. Creo que el agua es un derecho humano inalienable y debe estar consagrado. Creo en el fin del Estado Subsidiario. Creo en el fin de la bancarización y el negocio de los bancos en la Educación.

Creo en la gratuidad universal y en la condonación del CAE. Creo en la protección del medio ambiente y en el fin de las zonas de sacrificio. Creo en que los derechos de la mujer deben ser fortalecidos. Creo que el salario mínimo debe tener un piso de 500 mil pesos. Creo que la pensión debe tener un piso de 250 mil pesos. Creo que ningún adulto mayor tiene que seguir trabajando para sobrevivir. Creo que la naturaleza no debe pagar ningún derecho por existir. Creo que con la actual policía no se puede tener una democracia. Creo que es inaceptable que se pretenda perseguir a alguien por pensar o sentir o amar distinto a lo "normal".

Creo que la libertad de expresión no es sinónimo de aceptar lo inaceptable. Creo que las 16 familias dueñas de Chile tienen que pagar más y no menos impuestos, a través de una reforma tributaria. Creo en un SII con mayores atribuciones para perseguir la evasión y elusión de impuestos. Creo que con Boric estamos más cerca de eso. Jamás votaré por el enemigo. La libertad no es un eslogan. Quiero una Social Democracia para Chile. Quiero un Estado de Bienestar para todos.

Un puñado de esperanza (luego de la segunda vuelta presidencial 2021)

Se han acabado los ansiosos y angustiantes días. Siento alivio y plácidamente puedo tener la certeza de que estaremos bien.

Nunca estuve tan comprometido con una elección. Lo ameritaba.

Respiro con tranquilidad, desde mi pequeña esquina, desde mi disidencia política que hace años se distanció de la alegría que nos prometieron.

Recordar que cada gobierno debe ser fiscalizado por el pueblo, sin jamás soltar las calles. Simplemente porque la sabiduría popular entiende que las transformaciones sociales se deben defender siempre.

Que nunca nos regalaron nada, o quizás sí.

Será necesario

Por cada apología a lo peor de lo nuestro; al odio, a la muerte y al genocidio, más necesario se hace la memoria.

La memoria viva es lo que permite damas y señores que no vuelvan a pasar las atrocidades cometidas contra mujeres, hombres y contra sus hijos durante la nefasta Dictadura y nunca jamás Dictablanda, como decía la miserable escoria plagada en su triste uniforme de auto proclamadas y vanas glorias.

Indecorosas y oprobiosas ínfulas de sanguinolento poder triste orgullo de muertes, secuestradas tantas madres y sus hermosas criaturas por nacer.

Será necesario para un país como este, donde la impunidad sigue siendo brutal, será necesario porque tienen mesas de ping pong, y a veces seguro juegan billar.

Será necesario porque hasta hace poco eran elegidos alcaldes en Providencia y sus hijos pueden ser diputados.

Será necesario porque puedes encontrarlos en una clínica y también en las calles, y el torturador se encuentra con el torturado mientras pesan el pan en el supermercado.

Será necesario porque ahora se escudan en la cobardía de los años.

Será necesario hasta que despierten los del rebaño.

Será necesario hasta que cambie lo que tiene que cambiar.

Será necesario para que este país abandone para siempre la funesta historia tan cruel y tan reciente.

Dominga

El sol de este invierno me sienta bien.

En unos minutos al aire libre, me entretengo en la contemplación.

Una araña pequeña recorre el muro.

Una paloma viene a hacer sus necesidades afirmada en el cable de la luz.

Los olores de las cocinas aledañas inundan el ambiente.

Puedo distinguir un guiso de carne, un arroz con leche y canela.

Desabrocho mi bata infesta de pelos mientras pienso en Isla Damas, Punta de Choros.

Es un día triste para el ecosistema, y también para mis recuerdos; son las dos de la mañana.

La cocinilla que tenemos afuera de la carpa resiste una feble brisa.
Mirando el océano, con un vaso de vino a medio terminar que se afirma en la arena.

Beso a una generosa mujer en esa playa tan diáfana.

Pero una rama caída interrumpe mi peregrinar nostálgico.

Y frente al wc sólo puedo pensar: Maldito seas, Choclo Déllano.

Avísenme

Me duele todo, buenas noches.

Avísenme cuando renuncie Piñera o en su defecto, cuando este tormento acabe.

Las piedras que tiré con mi mano rota no sirvieron.

Los cánticos que entoné se apagaron con el químico del guanaco número 44, quemando mi espalda y hombros.

Los adoquines que rompí ya fueron lanzados con precisión.

Los putos diarios para los infelices me han agotado. Los Zúñiga, Guevara, Bellolio, Sutil y compañía me han enfermado.

La campaña de los fascistoides me ha contagiado de pena, rabia y desengaño.

Y los cientos de presos políticos no merecieron mi fragilidad, ni mis tribulaciones disparatadas.

En serio, mejor avísenme cuando todo esto acabe.

Hoy quisiera

Hoy quisiera levantarse. Salir como cualquiera, pasear con sus hijos por alguna plaza, o quizás por qué no, bañarse en una playa como puedes hacerlo tú o yo.

Hoy quisiera salir a buscar el sustento para su hogar, trabajar horas y horas a la semana llevando en sus somnolientas mañanas el recuerdo de esos besos de despedida que tienen los padres con los suyos.

Quisiera poner esas canciones de Los Vásquez que le gustan en su teléfono, mientras la repleta micro lo lleva de vuelta a su casa, y así cargarse de ánimos.

Hoy quisiera pasear por el barrio con Chichu, su fiel perro, y comprar pancito pa la once.

Pero Mario no puede levantarse. Unos acéfalos pertenecientes a la más asquerosa institución lo han golpeado hasta el hastío. Mario estaba con un silbato, un tarro y un palo.

Se manifestaba como muchos otros lo hacían en cualquier población. Se ensañan golpeándolo en el suelo, pero sobrevive de milagro, y luego de 4 meses en el Barros Luco su diagnóstico es desolador.

Mario Acuña está postrado y se alimenta por una sonda. Salió a la calle exigiendo dignidad y así le respondió la Dictadura de Piñera. Hoy quisiera levantarse para ir a votar y elegir por lo que tanto luchó, para que tuviéramos otro Chile.

Hoy quisiera tantas cosas. Hoy quisiera honor para Mario Acuña. Hoy quisiera justicia para Mario Acuña y para tantos otros.

Dónde estará

¿Qué es la democracia?

En estas horas que recuerdo el cambio de mando de 1990, sí, en ese momento en que el dictador se robó la piocha de O'Higgins Riquelme.

Cuando ya los acuerdos y enclaves autoritarios se habían negociado.

Cuando los mafiosos se chupaban los bigotes esperando ésa amañada licitación pública.

Y el viejo genocida aún disfrutaba en su trono infesto. Doña Lucía se apropiaba de cuanto bien pudiera pasar a través de Cema Chile.

Y el hijo pródigo ya no estaba en los laboratorios químicos de Talagante, produciendo lo que ahora llaman Mentholatum.

¿Pero dónde está, señor juez?

¿Estará en los bolsillos del ex yerno Ponce Lerou?

¿Dónde está señor Tironi?

¿Estará acaso en los malls atiborrados de gente pobre endeudada, asfixiada en cómodas cuotas?

¿Estará en la negación del derecho humano al agua?

¿O en la Teletón, qué ups, comenzó en 1978?

¿Estará en las facturas de Eliodoro Matte destrozando el bosque nativo?

¿Estará en la película Machuca como un eterno retorno, como un déjà vu?

¿Estará en el muladar televisivo del Kike Morandé?

¿Estará en la mano infame que toca la costosa camisa de Luksic cuando declara su condición de humano, pero poderoso?

¿Estará en todos los muertos y asesinados en estos 31 años?

¿Quizás está en el discurso propagandístico de los nuevos e imberbes candidatos?

Esta democracia de papel supura olor a mortaja cada día.

Esta democracia es una afrenta para la inteligencia popular.

Esta democracia se muere en las listas de espera, en el hospital de esa comuna que sólo hace noticia cuando lo hace en la sección policial.

Esta democracia se desangra en cada uno de los balazos que disparan esos verdes esbirros, en cada montaje que fraguan con las fiscalías.
En cada niño y abuelo que pisotean las botas criminales en Temucuicui.

¿Estará en cada perdonazo a los que practican la usura y el monopolio?
¿Estará entonces, señor analista de Libertad y Desarrollo, en un mercado que se regula solo?
¿Estará al menos señor UDI, en su hijo violador que quedará libre de polvo y paja?
¿Estará acaso en esa verdulera a la que le botan todos sus productos al suelo?

Alguien puede decirme

¿Dónde carajos está la alegre democracia que nos prometieron?

Francisco

Tanta injusticia me duele.

Me duele este país donde la propiedad privada importa más que la vida.

Dueles Francisco, como no te imaginaste que dolerías.

El arte callejero tiene una belleza que ciertas mentes jamás entenderán.

No lo entiende el alienado y desclasado que pisotea niños y ancianos en la Araucanía.

No lo entienden los miserables que buscan justificaciones o atenuantes.

No lo entienden las mentes ocupadas en producir montañas de dinero.

Y jamás lo entenderán.

Porque no saben disfrutar la belleza de lo inmaterial, y las horas de entrenamiento para un trabajo hermoso y honesto, ese que no marca un reloj de asistencia en la pega, ese que seres humanos como tú nos obsequian en cada esquina, como una caricia a nuestras vidas muchas veces apagadas.

Querían tu identidad numerada, porque todo debe ser productivo y en regla, normado por este sistema de mierda.

Hoy te miro en cada niño que sonríe en los semáforos, mientras vuelve el color verde para que los autos prosigan.

Pero en mi corazón el rojo es más intenso que nunca, Francisco.

Y costará olvidar tu breve paso por esta indigna tierra. Te han asesinado y queremos justicia. Nunca nada menos que justicia. Descanse tu alma.

Donde no hay refugio

No sé tomar fotografías, no doy con la tecla, ni la forma ni menos la técnica.

Pero puedo imitar a viejos tipos que escribieron algo desde sus entrañas.

Puedo también ser un nefasto actor de reparto, maquillar una sonrisa y mantener la dignidad.

Generalmente consigo lo último, aunque sea rozando la vergüenza.

Tengo mi orgullo, unas cuantas batallas perdidas y mi corazón esperando la lluvia en una esquina del paradero, donde ya no hay refugio.

Fenómenos en el planetario

No lo podía creer. En una pequeña banca de madera sentía como la fortuna me evadía de manera inquietante.

La burocracia de las instituciones parecía burlarse de mis pretensiones de un lunes cercano a fin de mes.

Un lunes de febrero donde a esas horas de la tarde sólo quería que algo bueno por muy ínfimo que fuese y resultara milagroso.

Miraba el reloj, como si eso fuera a solucionar todo.

Es difícil salir a la selva sin ningún cuchillo, sin víctimas.

O sea, cuando no eres victimario, se entiende que la víctima no es más que ese triste y pobre wn que sentado en la banca de madera miraba las sonrisas femeninas como quien mira fenómenos en el planetario.

La pasión de un hombre no vidente de la calle Estado

¡Qué sabían ellos de él!

¡Qué sabían de pérdidas, de abandonos, de sacrificio o desdenes en el frío del otoño!

¡Qué podían saber del sentimiento más sombrío que entregan los desprecios!

Ahí estaba nuevamente. De pie con su obsoleto parlante, elevando su triste voz sobre miradas perdidas en la calle Estado.

¡Qué sabían de ése pobre ciego y su repertorio de canciones pasadas de moda!

Lacónicas. Suicidas. Retrospectivamente familiares, pero ajenas en la garganta de ése artista callejero.

Miré las últimas gotas de mi jugo de zanahoria, y brindé absorto sobre los tibios ruidos que hacían las monedas, resonantes en su tarro limosnero. No me quedaban más que doscientos pesos.

Lo lamenté profundamente, porque sus viejas y agrietadas melodías me entregaron compañía para una tarde yerma y no pude recompensar la pasión de un cantante no vidente de la calle Estado.

Escuché con atención sincera como golpeaba la ciudad.

"Tus labios de rubí, de rojo carmesí parecen murmurar mil cosas sin hablar" y " y estoy aquí, aquí para decirte, que como yo, nadie te amó" reverberando sobre el grisáceo pavimento.

En un instante de lucidez, atiné a decirle gracias. Ud acompañó mi jugo de zanahoria. Perdóne lo poco.

Qué sabían ellos de él.

¡No sabíamos nada!

Metro

El aire cálido y pestilente del tren subterráneo traía consigo demasiados recuerdos. Y eran tan variados como las millones de personas que en él se desplazaban.

En un recodo profundo de la ciudad, los asesinos y los abogados compartían el mismo nauseabundo vagón del metro.

Quería sentir una alegría sobre humana, pero yo no era más que otro animal camino a su propio hábitat.

Otro suicidio en el Costanera

Otro suicidio en el Costanera
otra ser humano colapsado
no tuvo el tratamiento necesario a tiempo
ni sus familiares se imaginaron que se lanzaría
o quizá lo presintieron, pero no pudieron evitarlo
Seguramente hay mucha pena en sus corazones
y será difícil conseguir la paz en sus interiores
pero el hombre ahora no tendrá más angustia ni amargura
descansa en paz hermoso ser humano desconocido
descansa de la crueldad del mundo y de la importancia del dinero
descansa de las tarjetas de crédito o de las cuentas de luz y agua
descansa de un sistema de salud caro y deficiente
descansa del consumo irrefrenable,
descansa de la frivolidad que rodea muchas vidas sobre el pavimento,
descansa de tu propia enajenación estimado
Quizá tuvo una pena que jamás superó
en el infinito misterio de una mente.
En el tránsito brutal de las ideas oscuras
en el abismo debió sufrir lo indecible, en el abismo se nubló hacia el
lánguido viaje
Descansa un hombre, otro más.
Descanse también su alma para siempre.

Fotografía

Egoísmos impasibles
putrefactas ambiciones
la autoestima acomodada
por la última chupá del mate
díglele mercado, díglele consumo
insalubres pretensiones en la avenida desesperada
un sueño maquillado, el vacío recurrente de nuestros años
la muerte sonrío con su mejor pose
para la mejor foto del sistema
frivolidad garantizada, en reclinados y ampulosos asientos
puaj señora, puaj señor ¡¡¡
tenga caridad porque en el día de su propio sepelio
ninguna marca lo visitará ni se acordará de sus cheques
estarán ocupados en la obsolescencia permanente
acelerando la producción de hambre
en países de otros continentes
y cuando menos lo espere
la vanidad dirá presente
en la cara marchita, en la tenebrosa soledad del que desfallece
letras eternas escritas en su pecho y en su frente
sin orgullo ni cariño
con la trivialidad de vuestra gente.

En ese barrio no existían triunfadores

Habían tipos con lujosos autos, marcas europeas, asiáticas y también gringas.

Habían otros con mujeres bellísimas, que simulaban ser tersos maniqués agradables a la vista como la fruta artificial o los relojes de flores.

Habían perros y gatos comprados en centros comerciales sus dueños eran gente bien parecida, en palabras del estereotipo occidental tipo revista de papel cuché.

Pero a decir verdad, en ese barrio no existían triunfadores.

En otros barrios en cambio, estaban batallando realmente a cuello con el barro, hambrientos de victoria.

En cada esquina se conquistaba la utopía del disenso, se le sacaba la chucha al violento sistema, se escupía con rabiosa alegría el día a día.

En esos barrios el triunfo se oía a distancia, y el derrumbe de la gran ramera se volvía cruz y oro en esos barrios los pintores hacían tatuajes, los mecánicos confeccionaban bicicletas, los borrachos hacían poemas, los punkies quemaban iglesias y los músicos cantaban canciones como monos con navajas afiladas.

En ese barrio no existían triunfadores, porque el diccionario era un triste abuelo mentiroso un energúmeno que clasificaba lo inclasificable, un testafarro de lo indecible, un panoli con hojas mal compaginadas.

En ese barrio no existían triunfadores, porque necesitaban ir a La Vega para vivir una nueva y cool experiencia, de compra obviamente porque el triunfo era la falsedad de una sociedad fracturada, sucia, esclavizante y además vacía porque el triunfo gritaba dinero con patética alevosía.

Red Social

Esto no es un diario de vida.

No insista. Esto no es la realidad.

Es un pequeño espacio de expresión y exposición.

Y puede dejar de existir, sin ningún tipo de explicación o comentario.

No representará ni de cerca, la multidimensionalidad de los sujetos que participan de esta red social.

No acepte reduccionismos. Haga lo que quiera, pero no se confunda.

Estados de ánimo pasajeros no definen a un ser humano, no generalice.

Piense en un mal día o en un mal año, en fracasos o en éxitos.

Nada es para siempre. Ni la risa ni el llanto.

Aunque a ud le importe un carajo

enterarse que la quiero tanto.

Y fue lindo aceptarlo,

y fue horrible negarlo

destaparé otra cerveza

para aligerar mi paso.

Total, la vida está hecha de recuerdos

pero también de olvidos.

Hoy es tarde

Hoy es tarde para poemas relamidos, fútiles y nunca jamás leídos.

Hoy es tarde para la belleza de una mujer que nunca dijo si quería acompañarme a tomar una cerveza.

Hoy es tarde para esa canción vetusta y pasada de ocasión.

Hoy es tarde para mirarse en los espejos del tren subterráneo y descubrir desangeladas formas.

Hoy es tarde porque han disparado a matar y hay más de 30 personas muertas.

Hoy es tarde para desviar la mirada, porque la sangre ha regado las avenidas.

Sin éxito alguno

Salgo al jardín como quien sale de un capullo. Asqueado de tanta desfachatez en boca de un estafador de bancos. Siento náuseas de sólo verlo y decido apagar el televisor. Afuera corre una trémula brisa que remueve los pelos que voy dejando en mi pijama. Los perros juegan alrededor de su fuente compartida de agua.

El bamboleo me hace pensar en la vida, en estas horas en que todo parece mantenerse quieto y en lo que ayer fue caos, el líquido se mueve, pero no se derrama. Pienso en las vidas arrebatadas, quemadas al interior de un supermercado, en los ahorcados al interior de la comisaría, en los apaleados hasta perder el conocimiento.

Estamos en octubre otra vez, y la justicia sigue siendo un escupo en la cara. En la vivienda contigua han optado por el karaoke para dejar avanzar esta soleada tarde. Yo con mi pantufla izquierda intento acompañar el ritmo. Sin éxito alguno.

Yo no puedo

Yo no puedo lanzarle un puñado de buenas vibras al que dispara a matar.

Yo no puedo alzar mis manos por la paz cuando veo a una mujer octogenaria, con su cara metida en el barro y las botas del café estatal en la espalda.

Yo no puedo congraciarme con los candidatos en la plaza del barrio, cuando todavía las ollas comunes pululan en las poblaciones.

Yo no puedo aceptar cuando callas por los asesinatos, pero gritas por la propiedad privada.

Yo no puedo huevón, yo no puedo.

IV.

Fútbol

No hay excusas

Cuando la lluvia arrecia se suspenden los partidos en el barrio.

Yo no quería jugar con resaca, y llovía hace varios días.

Ni siquiera sabía dónde estaban mis zapatillas de baby.

Pero me levanté a jugar en la cancha de cemento.

Se armaron 3 equipos.

Así es esto, no hay excusas para el fútbol con los amigos.

Zurda demasiado fina

He visto la palabra prestancia pocas veces en una cancha de fútbol. Ahí en la medular donde suele imponerse el temple y la agresividad de tantos pataduras, existían algunos raros tipos que marcaban la diferencia.

La mirada altiva del que sabe que tiene otros recursos. Cierta garbo al conducir, al frenar ante el adversario y cambiar de ritmo, con movimientos gráciles llenos de donaire.

Cuando hasta para pegar una patada Fernando Carlos Redondo se veía impoluto, gentil. Te muestra el esférico, lo esconde y luego lo busca. Control dirigido y fuiste. Un par de zancadas y ya estaba buscando una pared en el área.

Segundos antes que el resto

El tipo decidía lo que iba a hacer antes de recibir la pelota.

Así fueran a levantarlo de una patada o reventarle la boca de un codazo.
No podían anticiparlo.

Siempre unos segundos antes que el resto.
Hay tipos así, cuando andan encendidos no puedes contra ellos.

Lo he visto

Lo he visto correr por la banda izquierda.

Lo he visto centrar por la banda derecha. Sin zapato.

Lo he visto hacer goles en clásicos.

Lo he visto hablar y dedicarle un título continental a su viejo que estaba al otro lado de la cordillera.

Lo he visto llorar y lloramos juntos.

Lo he visto marcar un gol increíble contra Boca por semifinales.

Lo he visto hacer un gol de media cancha.

Lo he visto hacernos un gol y no gritarlo.

Lo he visto triste por ese infausto gol.

Lo he visto levantar un título con el equipo en la quiebra.

Lo he visto todo en Marcelo Pablo Barticciotto.

Mañanas en Japón

De pronto vienen a mi mente tantos partidos pasados. Distintas épocas sociales, distintos equipos, distintos procesos personales.

Hoy mientras lavaba unas frutillas, en el patio recordé esas mañanas en Japón. Cuando Neira, Tapia y Rozental me hicieron creer que seríamos campeones del mundo.

Con un optimismo obtuso y obcecado ponía la alarma a las 4 am. Cuento corto, el campeón fue Nigeria y ahora me quedé sin frutillas gracias a mi perro.

Rincón

Freddy Rincón llevaba unos cuantos partidos intrascendentes en el Real Madrid.

Los fanáticos del ala fascistoide comenzaron con pifias. Luego con gritos inexplicables.

Yo miraba el partido con mi viejo en el sillón consternado.

¿Qué pasa, papá? Pregunté.

Pero al parecer no me escuchó y fue al baño.

Subí el volumen del televisor y los gritos eran claros. "Negro, cagón, recoge el algodón"

Sentí vergüenza del fútbol, de mi camiseta del Real.

Zamorano anotó un par de goles.

Pero mi quiebre con el equipo y con una parte del fútbol fue para siempre.

Nimiedades

Entregan el litio a privados por 30 años.

Pero Alexis hizo un gol.

Piñera ordenó a los camioneros que realizaran un paro, sin embargo, sigues sin entenderlo, porque Alexis hizo un gol.

Una ley que impulsó el gobierno de Chile permitió que el SII condonará la deuda total de una de las hijas del ex dictador Pinochet, pero cómo te lo explico.

En el último segundo del alargue, jugados más de 120 minutos, la pelota le queda a nuestro Alexis querido quien hizo el gol del título.

No me vengan con nimiedades.

No necesitamos que nos refriegen en la cara la clase de gobierno y presidente que tenemos.

Pegar una patada

La barra rival me grita insultos que más que molestarme me generan risa. Me distraigo y pierdo el balón. No estoy corriendo nada. Observo a una mujer en la galería que se toma el pelo, lo suelta y se lo vuelve a amarrar.

Creo que tiene los ojos verdes o al menos así se ven iluminados por el sol. Hace un calor horrible, quiero pedir el cambio y mojarme la cabeza debajo de un grifo. Pero seguro está seco. Gol del equipo rival.

Creo que voy a tener que hacer algo, pegar una patada, por ejemplo.

Aprendí a ver los partidos de pie

Como si fuera ayer.

Un grito eufórico en el vecindario, y yo que salto abruptamente en el viejo sillón del depto 301.

Se escuchan bengalas no tan lejanas.

Es el segundo gol, el de la tranquilidad.

Vívidamente me van acechando recuerdos.

Mi padre tiene los ojos llorosos, y sale a fumar de vez en cuando.

El vecino Ricardo parece mucho más nervioso con el cenicero lleno en su mano.

Se despiden sonriendo.

Vuelve a ubicarse frente al National a todo color que le había regalado Don Roberto, su jefe.

El paraguayo Fernández le raja el muslo izquierdo a Rubén Espinoza, grosera patada.

No será la última.

Miro de reojo a mi viejo.

Está en un estado mental que yo apenas asimilo.

Ahora sí me dice, ahora sí.

Nos robaron en Avellaneda, y al gringo Nef lo metieron con pelota y todo al arco.

Además, le anularon un gol a Caszely.

Nadie sabe por qué. Nos robaron en el 73, pero ahora sí, todo esto sin sentarse.

De él aprendí a ver los partidos de pie.

Te extraño y te amo tanto, bigote mío.

Polerones gastados

Hey, acá estoy
Da el pase huevón
Putá el culiao comilón
Me gritaron pocas veces en una cancha
Pero yo lo pensé bastante
En general mi mayor objetivo era dar un
pase entre líneas, ojalá dejando al
delantero sólo frente al arco o los
polerones gastados que simulaban serlo

Cábalas

Evito contestarles los mensajes a ciertas personas.
La razón es que soy estúpidamente caballero.
Creo que hay tipos yetas, es más, lo he comprobado.
Y aparecen siempre en los días de juego,
como designados por algo que va más allá de la suerte o el destino.
Mantengo la tele a cierto volumen,
un cassette roñoso de Colo Colo campeón de América,
la foto de mi viejo en la playa,
todo esto en ciertos lugares y no en otros.
Yo por cierto me mantengo de pie, nunca sentado.
Así veo los partidos, como un tarado supersticioso.

Calcetas de colores

Admiraba a los tipos que corrían todo el partido.
Aunque no tuvieran mucho control del balón,
aunque un pase de dos metros les rebotara en las canillas.
Pero verlos correr por las piedritas
con calcetas de colores distintos al uniforme oficial
era algo muy hermoso.

V.
Rolo Medina

¿Racista yo?

11-03-2011 (Columna)

Me dirigía como cualquier día a cumplir con mi honorable trabajo. Yo lo considero un compromiso con la patria. En fin, mi día laboral no había tenido mayores novedades. De pronto lo vi. Mis gafas al estilo Top Gun no podían fallar. Todo en él era sospechoso; su polera, su comida, su pelo, hasta su bicicleta. No podía dejarlo pasar en su absoluta impunidad. ¡Mira que venir a nuestro país!

Pensé inmediatamente llamar a la central y pedir refuerzos. No sabía contra qué me estaba enfrentando. Podía mordirme, rasguñarme con sus garras, no sé, algo que fuera producto de sus costumbres tan distintas a las nuestras. Al final procedimos al ataque. Mi compañero le pidió amablemente que le entregara sus documentos. Pensé que el infractor jamás entendería con palabras, pero dejé que mi colega comprobará por su cuenta la barbarie que tenía ante sus ojos.

Nosotros no vimos otra infracción. La gente iba apurada a su hogar, y para ello debía cruzar aún con el semáforo en rojo. En Chile es común ver que la gente cruce cuando la luz está en dicho color. Es parte de nuestra querida idiosincrasia. La verdad, no le dimos importancia. Esto fue completamente distinto. Era un negro peligroso e ilegal. Tan peligroso que si hubiésemos tenido más esposas le encadenamos el cuello. Tan ilegal que al notar nuestra presencia se quiso dar a la fuga. Seguramente hasta su escondite donde efectuaba sus fechorías. Yo nunca había visto uno tan de cerca. Mucha gente se acercó confundida a entregarle apoyo moral al delincuente foráneo. Algunos bien nacidos aplaudieron nuestra valerosa labor.

Ya en la patrulla le hicimos saber que no puede llegar a un país decente como el nuestro a pasearse como si nada. Le dijimos lo que piensa nuestra institución de los delincuentes como él, y que donde volviéramos a verlo lo detendríamos. La ley está para cumplirse, y nosotros somos la ley.

Culpemos a los chanchos

26-05-2012 (Columna)

Adentro, el mandatario impopular pedía perdón. Afuera, un grupo de viejas timadas y otras no tanto, disfrutaban de sus bizcochos de chocolates (no hago publicidad gratis) y de su estadía fuera de la gris capital. En el interior del Congreso de Chile, quien estuvo prófugo 28 días por estafa, el ex niño mateo de Harvard, repetía las frases hechas por un asesor enemigo sin ningún pudor. Políticos electos y designados figuraban con sus estúpidas chapitas pro Bachelet o pro Piñera.

Como era de esperar, el llamado pueblo se encontraba en las calles de Valparaíso protestando, durmiendo y reposando su caña de fin de semana larga, (Gracias Prat) o siguiendo por la caja idiota las soporíferas más de 2 horas que dura vuestra tradicional rendición de la cuenta pública.

Este escrito no tiene ninguna intención de ser un resumen de las mentiras, perdón, de las medidas sectoriales que nuestro democráticamente electo clown nacional pronuncia, no exento de sus habituales tics. Sería muy pretencioso de parte de este humilde columnista querer contrastar los sesudos análisis del periodismo calificado. Servil y complaciente, pero calificados. Calificados para proyectar lo que se planea desde el segundo piso de La Moneda o desde la defensa corporativa de una conocida mujer robusta y cuya popularidad ya se la quisieran todas aquellas féminas que aspiran a cargos de importancia pública.

Por lo demás, recurrir a los datos no oficiales siempre me genera una sensación de impotencia y rabia propia del que comprueba que lo están cagando. Comprobar que más del 70 % de los trabajadores percibe menos de 350 mil pesos al mes y que las utilidades de las megaempresas aumentan cada semestre. Certificar que existen todavía personas viviendo en la más absoluta miseria habitacional, no puede sino generar indignación.

Confirmar que el Estado continúa reprimiendo a las comunidades mapuche, con una violencia recurrente sin importar rangos etarios o de género. Acreditar que la educación mercantilizada reproduce las desigualdades desde la cuna, o que nuestra institucionalidad ambiental es de papel no es muy complejo. Hurgar en los conflictos de intereses o en las irregularidades en el nombramiento de cargos públicos, (estafadores como el encargado del implacable “Estadio Seguro”, sí, el mismo que se parece al personaje noventero de la insufrible televisión nacional, (Elvira) o en la asignación de recursos para las subvenciones de 488 colegios sólo en la Región Metropolitana, puede ser una tarea aún más indignante.

Corroborar que “nuestros” recursos naturales podrían financiar el acceso y cumplimiento del derecho a una educación gratuita y de calidad de todos los chilenos. O ratificar que con una reforma tributaria decente dirigida hacia las megaempresas podría garantizar el derecho a una buena atención de salud sin importar la comuna ni la región.

Y para rematar esta realidad tan burlesca y vejatoria, algunos que hicieron las mismas promesas que hacen todos los gobernantes quieren volver a ser presidentes. Doña Michelle, no pretenderá que olvidemos que en su período duramente se reprimió al pueblo mapuche, o que aprobó más de 100 proyectos contaminantes ¿o sí? No pretenderá que nos sigamos creyendo el cuento de “Crecer con Igualdad” Don Ricardo, (todo ex presidenciable puede sentir el llamado, que el pulento nos libree!!!) si en su gobierno los empresarios se sentían tan felices con usted.

Y no es malo que la gente se sienta feliz, pero cuando estos tipos están felices siempre es porque otros están sufriendo. No pretenderán hacernos creer que vivimos en una democracia consolidada y decente, si los carabineros siguen utilizando sus tóxicos gases en cada manifestación absolutamente justificada dado la asquerosa desigualdad entre clases sociales y en el día a día de nuestras injusticias nacionales.

No hay caso, hay un inagotable olor a mierda en este país, y la culpa no es de los chanchos de Freirina.

No era una mañana cualquiera

01-06-2012 (Crónica)

Me levanté como una mañana más. Pero no era una mañana cualquiera. Afuera estaban cantando los evangélicos y en el segundo piso estaban cocinando mariscos. Era una mañana especial porque se ratificaba que el mega proyecto Hidroaysén se queda sin el apoyo de una de las empresas. De forma definitiva, y evidentemente como una medida de desesperación y chantaje contra el Gobierno del actual presidente de nuestra indignante patria.

La noticia no vino más que a confirmar que las marchas y la destemplada represión de Hinzpeter y de sus animalitos entrenados, valieron la pena. Fue necesario salir a mojarse. Dejar que un tóxico e ilegal gas nos humillara y quisiera aquietar. Hidroaysén era un castillo en el aire, avalado únicamente por la estupidez y la arrogancia de uno de los grupos económicos que manejan nuestra economía.

Bajé a comprar el pan. Mi vecina me saludó como de costumbre. Yo le correspondí. Está caro el pan -como todo-, así que compré cuatro marraquetas. En el computador leía que un rector de una universidad privada confirmaba la ilegalidad en que se ampara el lucro en nuestro sistema mercantil de educación. Es como mucho que no paguen siquiera a los profesores ni sus imposiciones teniendo millonarias utilidades. Reviso mi correo electrónico y un amigo me manda un enlace multimedia donde aparece el periodista Paulsen, dando cuenta de los audios de peritos que desmienten que sean sus firmas las que acreditaron como pruebas en el festinado “Caso Bombas”. (Esto último pasó hace dos semanas para que vean)

Las “canutos” han dejado de cantar, pero yo prendo la radio. Suena, una canción plástica y monótona, casi como la sonrisa de Golborne. Mi vieja me cuenta que apareció otro video que confirma que Bachelet sabía que venía la ola. Gorda chanta no más, le respondo. No a mi vieja, claro está. Quisiera salir a andar en bicicleta, pero mi tobillo aún no sana. Creo que volveré a la cama, no me siento preparado para seguir maldiciendo a

nuestra sociedad. Cierro la cortina, y escucho a un siempre alegre Elliot Smith.

No era una mañana cualquiera, ninguna lo es. La semana pasada un tipo se hizo famoso porque estaba comiendo la cara de un indigente en Estados Unidos. Una nueva droga lo habría vuelto loco y lo habría convertido en un zombie al estilo de las series y videojuegos de moda. La próxima semana puedo predecir un par de temblores en algún lugar del planeta. Espero que sin víctimas fatales. Un gran robo en alguna capital y, seguramente, que yo no podré comprar cuatro marraquetas, sino que sólo tres.

No sé en qué momento dejé de sentir el olor a mariscos cocinándose, pero mi hambre se había esfumado y preferí dejar mis sangüchitos para la once. En fin, ayuné y me puse a ver videos de Peter Capusotto. Me dieron las 2 de la tarde, y llamé por teléfono para pedir una pizza, (si no fuera por mi tobillo ya no me quedaría nada de mi devolución de impuestos), además que así no tendría que comprar comida al otro día.

No era una mañana cualquiera, tampoco para la chica que atendió desde el otro lado de la línea y tuvo que decirme que los delivery's (perdón lo cursi) no llegaban hacia mi comuna. Ella no tenía la culpa de que los canutos me hubieran puesto de mal humor, ni que en el país la mayoría de las noticias fueran indignantes. Corté.

Definitivamente no era una buena mañana, pero tampoco era un buen día. Para peor hoy es viernes y fin de mes. Y yo estoy cesante y con mi tobillo vendado. Fueron los mejores sangüchitos del mes de mayo.

Ají en el culo

15-06-2012 (Columna)

El saqueo del Litio es inminente. ¿Qué puede hacer usted o yo, para evitar la privatización de un mineral tan estratégico como invaluable, respecto a lo que podría aportar a nuestra prostituida economía al servicio de las transnacionales? ¿Sabe usted quién es Julio Ponce Lerou? o ¿Quién es el hermano del ministro de Minería? ¿Acaso sabe usted que la tecnología avanzada está requiriendo gran cantidad de insumos y elementos como las baterías de Litio para el desarrollo de diversos artefactos, además de su utilización como combustible apetecido? y ¿Sabe que nuestro país podría influir perfectamente en el precio mundial del Litio?

Me cuesta creer que quienes privatizaron los recursos hídricos, la pesca, las autopistas, los parques nativos, entre otros recursos, ahora pretendan criminalizar al actual gobierno derechista del saqueo del codiciado mineral. Si ellos gobernaron con las leyes que dejó el dictador y las utilizaron para su conveniencia y beneficio -es ingenuo pedirle peras al olmo- a los creadores de este adefesio que amparado en la ilegitimidad nos rige, y que como bien reconoció hace un par de días un ex agente de la asquerosa DINA, ratificando una sospecha que tenía olor a mierda desde hace más de 20 años: Nuestra Constitución es un fraude. No hay vergüenza.

Por otra parte, el ministro Allamand, el mismo que escribió sobre su caminar en el desierto ideológico, o para que les quede claro: Cómo ser de Derecha y no quemarse a lo bonzo con el hambre tirano y, luego aparecer como un renovado liberal estilo gringo, tuvo éxito en el lobby que realizó en el Congreso. La misión era asegurar un fondo mínimo para las Fuerzas Armadas, derogando con ello la deschavetada ley que les entregaba un 10 % de las ventas brutas al exterior del Cobre, y siendo aproximadamente un 3 % presupuesto de la nación. Lucas en realidad, como para mantenernos armados hasta los dientes y que estos representantes del orden siguieran con todos los beneficios que les amarró la Carta Magna creada por el Opus Dei, Jaime Guzmán.

Pues bien, ¡Qué sutileza de Allamand!, lo valoro sin duda. Pero es estúpido no hacer esta reflexión. Si, en vez de ese fondo “mínimo” de millones de dólares destinado para Defensa, se hiciera lo mismo con la Educación o con la Salud, o para hacer más evidente el sentido de estas líneas, ¿por qué carajos no se crea una planta estatal para la explotación de Litio en el país, o es que acaso no existen especialistas mineros en Chile, y debemos importarlos de Bolivia, que ya está casi terminando la construcción de una planta en el Salar de Uyuni?

Parece ser que la discusión sobre Sulfate, la princesa a caballo o las insufribles peripecias de los chicos plásticos de turno, fueran más importantes que un futuro proceso de industrialización tan asequible como necesario. Cómo va a ser tan desmedido el ímpetu por concesionar un recurso que por ley NO es concesible. Cómo cresta no va a dar rabia que un bien que nos pertenece a todos se entregue por 20 años a privados, sin un solo instrumento de participación ciudadana que lo legitime, que avale una política económica tan relevante para todos los chilenos y para nuestras generaciones venideras.

El 22 de junio próximo debiera ser un imperativo de todo ciudadano chileno informado asistir a la marcha contra la privatización del Litio. Vendrán los guanacos, los gases tóxicos, los arrestos, y todo lo que siempre pasa cuando el pueblo sale a la calle. A lo mejor, todavía no es una pelea perdida, como no lo será ninguna que se pueda pelear. El derecho al pataleo no está demás, en el país que todavía se hacen homenajes a genocidas y donde el Litio chileno podría ser el sueldo de Chile en el futuro, siempre existirá la ineludible y compensatoria funa, aunque a la Cristi le pique el culo.

Me cago en la EURO

20-06-2012 (Columna)

Voy a empezar este relato con una expresión de profundo asco por la Euro 2012. Sí, asco, porque mientras se llevaban a cabo los preparativos para la realización del torneo de selecciones entre Polonia-Ucrania; en Ucrania se asesinaron más de 80 mil perros vagabundos. No hay ningún argumento que valga, y personalmente y ante la incredulidad de este colaborador, no hay delito ni se considera asesinato, matar perros en dicho país. Se establece una total impunidad.

No es extraño la censura mediática sobre este hecho, porque lo que importa es el vil rating y el espectáculo. No esperaba que Telecanal o Chilevisión me informaran de esta multitudinaria aberración contra nuestros amigos perros. Y como la idea era hablar sobre lo popular que es el fútbol, contaré sobre tres anécdotas o historias del fútbol de barrio. ¡Me cago en la Euro!

Si alguno de ustedes ha jugado a la pelota en el barrio, podrá saber que estas situaciones ocurren. Siempre en las sedes de los clubes que disputan sus partidos generalmente en canchas de tierras, abunda el copete. Ya cuando los players están jugando en las series mayores se le agrega el componente más tradicional, las ollas comunes, las loterías, los bingos y también las comidas solidarias.

Y fue así como el lateral izquierdo “Joelito” no muy hábil con el balón en los pies, pero muy re bueno para compartir con los amigos del club, acudió un buen sábado por la noche a la sede. Había porotos, y tinto pa’ regar vacas. Dicen las malas lenguas que el viejo Joelito se comió 14 platos de porotos, y entre vino y vino, se anduvo sintiendo mal del estómago. Ustedes podrán entender como siguió esa historia. Insisten los mismos malos del habla, que al pobre tata le tuvieron que sacar la mierda con una espátula de la espalda al otro día.

En la cancha principal de la calle, jugaban dos equipos que mantienen una vieja rivalidad deportiva. En uno de los planteles estaba Carlos, un esforzado volante de contención. Carlos proviene de una humilde familia compuesta casi en su totalidad por personas con cierta deficiencia mental y esquizofrenia. Un día, Hernán su hermano mayor fue a verlo jugar. Y le gritaba:

-Hermano, mete gol, hermano. Y gritaba con mucha sonoridad, tal como lo hacía con las micros que paraban en la esquina. Los choferes recibían con mucha alegría sus instrucciones. El tipo es conocido y querido en el barrio.

Volvamos a la cancha. Ante las risas del público y la incomodidad del aludido, se disputaba un áspero partido que terminó con resultado desfavorable para el equipo de Carlos. 4-1 fue el resultado, pero de eso nadie más se acuerda. Sucedió que en el entretiempo, por razones difíciles de explicar, el hermano de Carlos se coló entre los jugadores, y en el camarín le pasaron un short a Hernán.

El problema es que el short le pertenecía a algún jugador de la serie infantil. Carlos no supo de esta jugarreta que le estaba gastando su propio equipo. Y pasó lo que podía pasar, el hermano mayor de Carlos se metió a la cancha, y el miembro viril del nuevo jugador se escapaba por debajo del short. Las risas y los gritos de las viejas de la galera fueron inolvidables. Hernán pidió la pelota y la tomó con las dos manos y corriendo se la fue a llevar a Carlos.

No puedes esperar demasiado

13-11-2012 (Columna)

Acá muchos creen que una marca de auto es más importante que cambiar una Constitución redactada por un Opus Dei. Acá están más pendiente del nuevo celular de moda, de los goles de Alexis, del desenlace de una teleserie turca. No puedes esperar demasiado. Estamos en un país de mierda y debes bancártelo, al menos lo que duren tus decepciones diarias. Acá estamos. Un lugar enajenado, individualista, consumista, donde existe espacio en la tv pública para Kike Morandé pero no para un programa cultural como la Belleza de Pensar. Acá muchos creen que una marca de auto es más importante que cambiar una Constitución redactada por un Opus Dei.

Acá están más pendiente del nuevo celular de moda, de los goles de Alexis, del desenlace de una teleserie turca. Acá muchos piensan que trabajar en un banco es más importante que ser profesor. El dinero es lo que importa dicen. Con dinero se compran las cosas. Con dinero compras tú educación, pagas tus cuentas de agua y luz más caras del continente. Con qué plata vas a atenderte en una clínica cuando en un hospital decidan que los pasillos no pueden albergar a más enfermos. Acá donde muchos ignoran la palabra sub-empleo, e inventaron la de meritocracia para sacudirse de los pitutos. Acá se acepta que un cura pedófilo reciba sanciones irrisorias, y al mismo tiempo se sientan con el derecho a imponer su moralidad sobre el embarazo de una niña de 14 años que fue violada. Por supuesto, las niñitas bien viajan a Alemania para hacerse abortos o en algunas privadas lo pasan como apendicitis. Oh, ¡Dios nos libre de ser pobres!

Acá donde se criminaliza el disenso, y un libro que promueve la diversidad y la integración, es tema nacional, como si la familia tradicional fuera sinónimo de bienestar para los niños. ¿Qué bienestar? ¡Los crían los monitos animados! Le pagas a otra persona para que los vea por ti, y si eres muy conchadesumadre obligas a dicha persona a que vaya con

delantal a comprar al supermercado o que te abanique o cubra con quitasoles en la playa. Mientras Pérez Yoma sigue robando agua en Petorca, y en el sur el pueblo mapuche es constantemente violentado y reprimido. Lo que hace el Estado no es otra cosa que etnocidio y ni tan encubierto. Acá donde los estándares medioambientales y las leyes permiten que mineras puedan hacer lo que en otros países tienen prohibido. Los niños en ciertas comunas respiran metales pesados y sus abuelos mueren a los 60 años, o menos.

Acá se acepta que el Estado abandone el derecho a la educación, al agua, a la vivienda, a la salud, a la reinserción y tratamiento de personas con capacidades distintas. ¡Gracias Mario Kreutzberger! Todas tus empresas y amigos dueños de Chile te lo agradecen siempre. Gracias pienso, por ser un hijo de puta deleznable que entretuvo a muchos abuelitos riéndose de la gente que iba a tus bufonescos programas sabatinos. Gracias te dicen los niños que han sido rehabilitados bajo el paradigma de la lástima y la mendicidad de nuestro pueblo, de la humillación vejatoria que significa haber nacido diferente. Acá todo está privatizado, y lo único seguro es que debes ser el cambio que deseas, pero sin organizarte esto sólo será un deseo. Una reflexión. Acá la manera de visibilizar una demanda social es marchando. Siendo el objetivo predilecto del guanaco de los pacos. Te muelen a palos, te mean y los medios dirán lo que dijo Galeano que dicen. La lluvia inmunda se queda en tu cuerpo, pero también en tus ganas. Muchos vuelven a levantarse. Tienen la estirpe guerrera que a la mayoría nos falta.

Me gusta ir a las marchas. Es en la orgánica interna donde me difumino. Nunca tuve disciplina. Me gusta el sucio margen, la cómoda esquina para tirar mis piedras. Son piedras distintas, y no es que me sumaré al carro de una revolución que nunca llega. No. Seguiré en la sucia esquina, desesperanzado, pero con mi cabeza conectada con mi corazón. Jamás con mi bolsillo, jamás ligado al más mínimo proselitismo, jamás esperando un pedazo de torta.

No puedes esperar demasiado. Pero si te atrincheras en una esquina puedes soportar el paso de los años con la cabeza levantada. Alejado de

falsas pretensiones. Manifestando el rechazo a que te conviertan en parte de la máquina trituradora.

El Chile que no aprende

28-11-2012 (Columna)

“Espero que terminé el torneo para irme de acá”. Así fueron las palabras de Emilio Rentería, futbolista profesional nacido en Venezuela. Hoy se ha sabido de su existencia. Es delantero, juega en San Marcos de Arica, club de la Primera División.

A muchos el fútbol les importa un bledo. El afán comercial y el negocio vinculado a la FIFA han asesinado para muchos, el espíritu del deporte. Hasta ahí nada nuevo ni relevante. Pero si te digo que el futbolista que enunció las palabras es un jugador de otra etnia, y que en dos partidos seguidos ha recibido insultos racistas, la cosa cambia un poco. Este país se ha convertido en una oportunidad para miles de personas que viajan desde países geográficamente cercanos, y de otros no tanto. Lejos de ofrecer condiciones laborales dignas para los nacidos acá, imaginarse (o vivenciar) las muestras diarias de discriminación que sufren peruanos, colombianos o ecuatorianos en Chile es un ejercicio simple pero necesario.

¿Por qué no conmueve o exaspera al hincha de un fútbol mediocre, el griterío rebuznante, desfachatado y chovinista, admirador de una pseud superioridad nacional? ¿Por qué los espectadores no detuvieron a la persona que insultó a Rentería? ¿Por qué la señora que encuentra simpático como hablan o bailan, no puede detener la mirada sobre el hombro en una fila del supermercado? ¿Qué es necesario para que cada vez que se juegue un partido no se silbe el himno de la selección visitante? Podrán venir sanciones contra los equipos. Multas económicas, partidos sin público. El problema es más profundo.

Me niego a pensar que la carencia de un sistema de educación gratuito, público y de calidad pueda ser la causa única del racismo y de la xenofobia tan explícita en el comportamiento de algunos chilenos. Si revisas la

portada o los artículos de un pasquín escrito en un lenguaje coloquialmente lleno de chilenismos como La Cuarta del grupo COPESA, es bastante común bajo el pretexto de un “humor” cómplice, los adjetivos y motes vertidos en sus páginas. “Monitos” “cholos” y “paitocos” son algunos de los términos que ha usado dicho diario históricamente. El famoso “Diario Popular” no es sino un reflejo a la mano del lenguaje que se utiliza para referirnos al otro, para diferenciarnos de lo distinto. Hay cierto desprecio velado, cierto indulgente menosprecio que si lo denunciamos sería majadero y nos dirían graves o densos.

La identidad del chileno es así; Ladina, doble estándar, y que muchas veces es incapaz de decir las cosas en la cara. La hipocresía criolla como sello. Advirtamos un ejemplo cliché. Un grupo de jornales u obreros de la construcción en sus horas libres o descansando post almuerzo, piropean a mujeres que van solas. Pueden silbar o gritarle cosas desde las alturas, pero cuando están solos pocos se atreven a decir algo, y hacer del acoso callejero algo más que una execrable violencia de género cotidiana. Es la seguridad de la manada lo que los aleona.

La misma manada enajenada que detuvo a un joven delincuente doméstico. Le sacaron la cresta, lo desnudaron parcialmente, y amarraron con papel alusa a un poste. La víctima del intento de robo fue una persona de edad, un abuelo, según reportaron los testigos a los medios de comunicación. El ladrón, un joven sin antecedentes y claramente sin mucha experiencia, que pagó como chivo expiatorio. En un acto repudiable por la violencia que conlleva la exposición y por ende, la humillación pública de un ser humano que cometió un delito. No señores, no es justificable.

Es vejatorio y lesivo no sólo para el tipo que no está de más decirlo, es el último eslabón delgado del nivel de desigualdad imperante en nuestra sociedad. Además, es un indicativo del grado de alienación en la que vivimos. Mientras los “honorables” suben sus sueldos por un monto que equivale a dos sueldos mínimos en Chile.

Mientras los delincuentes que estafaron en La Polar jamás verán una celda, mientras los torturadores siguen sumando condenas, “abatidos” en sus centros de recreación o en sus libertades vigiladas, entre mesas de ping pong, quinchos para asados y televisores con cable. Mientras los pescadores artesanales de Quintero siguen desamparados luego del derrame de más de 50 mil litros de petróleo, y los responsables, por supuesto, libres.

Mientras los dueños de farmacias coludidas siguen cobrando precios elevados. Mientras una diputada de la UDI, sí, la misma organización ideada por Jaime Guzmán, inventa un hecho para defender argumentos simplones en el contexto de un show mediático en el que se interpela a un ministro. En un país donde la gente marcha, (como vimos sin mucha idea del porqué marchan) para defender la libertad de hacer negocios con un derecho hoy por hoy conculcado, como lo es la educación. Sí, leyó bien. Para que el apartheid educacional continúe y no se mezclen los niños bien con los de la chusma inconsciente. Bueno así está Chile, sin aprender demasiado.

Tienes derecho a leer a Galeano

14-04-2015 (Columna)

Era un farol potente. Un ser humano capaz de decir lo indecible, en un mundo donde la verdad es financiada por la sangre de los despojados. Su figura siempre crítica ha dejado de combatir contra una enfermedad inexorable, inclemente.

Duele su ausencia desde hoy, porque Eduardo Galeano fue capaz de retratar la historia sin mitos, la carne viva de las desigualdades, y sobre todo, supo poner de manifiesto el triste engaño de nuestras sociedades de consumo alienadas, dibujando poesías contra la miseria del imperio, denunciando sin un ápice de decoro, la crudeza de un continente expoliado. El decoro jamás sirvió a la hora necesaria de gritar verdades. Fuiste testigo y acusador de los más aberrantes vejámenes de nuestros tiempos. Y siempre estuviste certero y sin medias tintas. Condenaste lo condenable, aunque nos informaban lo contrario.

Pudo ser de otra manera. Galeano, de pausada pero sólida voz, cuya lengua apuñalaba como sólo la verdad puede hacerlo, ha muerto en un sanatorio de su natal Uruguay. El periodista que, dado los tiempos, no parecía periodista. Un ser humano alejado de los testafierros del poder, esos pusilánimes lameculos que trafican informaciones a sueldo. Un cronista de pensamiento afilado, cargado de rebeldía, esa rebeldía tan ajena a las escuelas de periodismo que reproduce la élite. Pudo ser de otra manera. Porque el cáncer nos arrebató de tu fecunda compañía, demasiado pronto.

Las venas hoy están más sangrantes que nunca. Una América en donde los medios de comunicación al servicio del capital, siguen dispuestos a informar que llueve, y todos sabemos que nos mean. Los 43 de Ayotzinapa también nos recuerdan que la historia no conoce de

salvedades a la regla. Quizá el gran deseo que Galeano tuvo, fue hacernos creer en otro mundo posible, en la posibilidad de soñar, en el derecho que tenemos todos al delirio. Muchas gracias por ello, porque muchos aún creemos que lo que pronunciaste está vivo.

Hoy la máquina de las asquerosas redes de corrupción está absolutamente vigente. Y los dominadores se han sacado sus máscaras y antifaces. La decadencia moral de nuestros gobernantes parece incrementarse tanto como las muertes en Palestina o en Kenia. Y Eduardo, cómo extrañaremos que nos grites tantas verdades.

Debería existir en cada sala de clases, el derecho irrenunciable de leer a Eduardo Galeano. Ahora tus imágenes y frases se vuelven eternas, y estarás presente en cada sueño. Porque fuiste de carne y hueso, pero un hombre consecuente. Uno de los imprescindibles.

Buen viaje maestro, buen viaje.

En tu infamante recuerdo, en tu deshonor. vergüenza humana.

08-08-2015 (Columna tras muerte de Manuel Contreras)

No creo que merezcas un brindis. Ni siquiera para celebrar tu muerte. Fuiste una bestia inmundada, salvaje, cruel, crapulosa. Y en tus últimos repugnantes años, un cobarde hombre escudado en el paso de los años.

Duele cada letra que escribe tu nombre. Más de 500 años de condenas, no fueron suficientes. Siempre amparado por una asquerosa e insólita medida, y por la injusticia que permitía que tuvieras privilegios. Y que lo sigue permitiendo para otros abusadores de tu mismo abyecto linaje. Fue con Frei que se inauguró Punta Peuco, y con Lagos que se construyó el Penal Cordillera. Entre áreas verdes, quinchos para asados, agua caliente y hasta tv cable y canchas de ping pong. Así cumplías tu «condena» por asesinar, torturar y ordenar la muerte o desaparición de miles de chilenos. Chileno eras.

Quizá el único vergonzoso vínculo con el resto de la gente nacida en esta confinada y desigual tierra. Piensen ustedes, afables lectores, en el hacinamiento de los presos que murieron calcinados en la cárcel de San Miguel. Algunos, cumplían penas por vender piratería en la calle. Con eso, de seguro muchos subsistían y llevaban el sustento a sus hogares.

Y hoy, con tu sabida partida física, no siento más que rabia por el trato que recibiste. Fuiste un sádico y contumaz criminal. Aún la institución a la que pertenecías no se deslinda totalmente de ti. Ni lo harán nunca. Porque dicho ejército ha perpetrado históricas matanzas contra su propio pueblo.

Piensen ustedes, afables lectores, en el hacinamiento de los presos que murieron calcinados en la cárcel de San Miguel. Y hoy, con tu sabida partida física, no siento más que rabia por el trato que recibiste.

Es un uniforme pestilente a sangre, una fuerza fratricida que cada 19 de septiembre se vanagloria de qué. Pero muchos no tienen la misma apreciación sobre tu, digámoslo así, persona. No. Existen algunas familias que no tendrían el lugar y el estatus económico si es que tú no hubieras existido. Muchos negocios y leyes se firmaron gracias a tus despiadadas atrocidades. En plena dictadura se crearon las AFP, las ISAPRES, se desmanteló la educación pública, se crearon los códigos mineros, de agua, y de trabajo, entre muchos otros resabios que quedan de la Constitución redactada por el Opus Dei, Jaime Guzmán.

¿Cuántos millones pudieron acumular esas 16 familias que detentan el poder económico en Chile? Para hacer leyes en contra del pueblo, había que hacer la parte dura, la que algunos intentan incluso hoy seguir ocultando. Cuánto te debe la UDI, Mamo, cuánto te deben los Luksic, los Angelini, Matte, etc. Te tocó la parte más asquerosa, y cumpliste tu labor cabalmente.

Muchos empresarios y políticos deberían ser honestos e ir a tu funeral, para agradecerte. Pero no serán leales contigo. Porque a pesar de todo, y de la justificación impresentable del famoso “contexto” que vivía Chile, ahora dicen que nunca supieron lo que hacías con tus hombres, que por supuesto, tu actuación fue desmedida. Ni siquiera ellos te acompañarán. Manuel Contreras, bestia sanguinaria y pútrida. Te mueres como el hombre repudiable que fuiste. Cobarde y solo. Ni los gusanos tendrán apetito. Y si existe el infierno, que también sea eterno para tu alma.

El viaje espacial de un tipo sin expectativas

12-11-2014 (Comentario película Interestellar)

Partiré diciendo que esto no es, ni pretende ser una crítica de cine. Es más, casi nunca voy al cine, pero al salir de la sala me sentí distinto. Había visto una película demasiado ambiciosa, demasiado. Christopher Nolan parece que se ha esmerado lo suficiente, incluso en algo que generalmente suele amagar en sus filmes. La emotividad de las relaciones humanas, el desarrollo de ellas en los personajes y sus propias sensibilidades. Salgo de la butaca y vuelvo a sentir la luz artificial del edificio. Absorto, confundido. Cómo me hubiese gustado saber mucho más que lo mínimo de física cuántica. Creo que es un desafío a los espectadores, pero se agradece. Nolan y su hermano han realizado un gran trabajo, y la música que propicia Hans Zimmer está más que justificada. Cada pieza escogida agudiza la sensación de estar en un viaje. Volveré a dejarlo patente: Esto no es una crítica de cine, y tampoco un manuscrito de teorías gravitacionales.

Por más de dos horas sentí que me encontraba tripulando una nave espacial. Y esto no parece una cinta futurista. Los recursos se están acabando, la posibilidad no es remota. Nos han convencido de que los efectos especiales van en absoluta sintonía con el desarrollo tecnológico. La humanidad se va al carajo. Y tú, por supuesto que eres otro más de los invitados insignificantes, pero también cuentas. Mejor volvamos a la pantalla. Se aprecia a Matthew Mc Conaughey impresionante. Un héroe atípico, resuelto a su vida familiar y un bastión de los regalones. Un tipo que parece el vecino cualquiera de alguien cualquiera. Es cierto, nuevamente los gringos, y blá blá blá. Putos gringos, pero no me imagino a Macedonia o a Zaire llevando a cabo un proyecto espacial. Ni a los rusos, ni a los japoneses. La NASA es de los putos yanquis. Cierre de comillas falsas. Matt Damon aparece en el momento preciso para realizar el golpe de efecto necesario.

Quizá en otra película lo hubiera necesitado antes, pero con *Interstellar* podrías esperar incluso 45 minutos más. Los vale. Los vale por sus efectos especiales, por su musicalización, porque Anne Hathaway siempre es muy apetecible, porque el limbo emocional que supone una promesa de un padre a un hijo está logrado, etc. Piensa que se está definiendo la supervivencia de la raza humana. Sin embargo, personalmente el antagonista encubierto es el que me dejó más tocado. La actuación de Michael Caine como el profesor Brand es sobresaliente. Y te convence sobremanera la idea respecto a un científico que se entrega a la causa, y de paso se mete en la raja las verdades ajenas. Es su verdad, y va a morir en la suya. Si esperas el desarrollo narrativo típico de las películas de Nolan, vas a quedar satisfecho, quizá extasiado.

Hay vuelcos, una trama que por momentos puede ser una pizca espesa pero que se justifica. Estamos hilando fino, es ciencia ficción. Incluso el humor está en un código bastante esperable. Hay que seguir el rastro que se va desintegrando conforme avanza el engranaje de la historia. Quizá en minutos finales te cuentan demasiado rápido lo que estabas terminando por entender. Ahí no hay una sutileza muy depurada, pero calza. Eres menos tarado de lo que crees. Firma, el director. Las dimensiones desconocidas y la posibilidad de sumergirte en el espacio-tiempo viajando a través de hoyos oscuros es un fenómeno para entendidos. Pero la capacidad que tiene el filme radica justamente eso. Introducirte en las probabilidades, a ti, galán y pelusón de barrio que necesitas muchas veces suministrar una buena dosis de locura y alucinaciones para hacer de tu vida, un lugar soportable.

No es que reciba dinero agregando suspenso ni haciendo publicidad para que usted gaste el dineral que supone ir a un cine en Chile. Sin embargo, creo que vale la pena verla en una pantalla grande. Sentir el sonido que te envuelve, imaginar que estás ahí. Pero vaya como lo hice yo, desatendido, sin declarar pretensiones, pensando simplemente en un viaje sin expectativas. Le aseguro que lo agradecerá.



Miguel Vásq... 7 de ago. de 2014



para yo ^

De Miguel Vásquez Parada
mvasquez.ce.cis@gmail.com

Para Guillermo Soriano
sorianourrutia@gmail.com

Fecha 7 de ago. de 2014 22:11

Buena Kori,

Te copio los tres primeros mini cuentos para la revista. Los escribí en block de notas. Únicamente debes pasarlo al word o a la plantilla del sitio. Hay uno un poco más largo que los otros. Siéntete en la libertad de editar lo que gustes. Ojalá que sean útiles.

Pd: Han sido escritos bajo total abstinencia ética, y no representan mi manera e escribir, pero creo que pueden servir ;)
Un abrazo,

Miguel.

El vendedor y su vehículo

Solía convencerme de que las primeras impresiones no podían modificarse muy fácilmente. Miradas tibias y condescendientes me decepcionaron durante muchos trabajos o subempleos, por más que mi comportamiento fuera discreto, pero continuamente solícito.

Algo había en esas personas que me traspasaban sus prejuicios o dudas. Yo intentaba seguir de manera incólume mi tránsito comercial con el carrito de alimentos, que llevaba no sin irregulares pasos. Una rueda falta de aceite ponía en juego un equilibrio semi mortal para mi trabajo entre las 08:30 de la mañana y las 17 horas de la tarde.

El diseño particular de mi vehículo laboral contemplaba tres compartimentos hacia el exterior y dos en el interior. En las divisiones de adelante debían ir pulcramente organizados los sándwiches tipo baguete, las ensaladas de frutas, los almuerzos, y en la parte superior, los confites-snacks. En el cajón interno, mi caja. Además, portaba siempre un lápiz bic, un gel para manos, una bolsa con el efectivo inicial y un talonario de boletas.

El trabajo consistía en conducir el carrito por los pasillos de siete pisos pertenecientes al edificio cuyas oficinas corporativas utilizaba un banco entre otras organizaciones tales como sociedades de abogados, dentistas, arquitectos, etc. Sí, subía y bajaba con un carrito de comidas por los ascensores procurando que no se me cayera nada. Antes, durante mi llegada al edificio, previa espera del vetusto taxista que me transportaba y que se quedaba irregularmente estacionado en la vereda del frente, en la calle Moneda entre Ahumada y Estado. Yo debía cargar dos coolers repletos de comida, más 36 latas de bebidas gaseosas, y 20 jugos naturales. O al menos eso decían las putas etiquetas.

– Ya maestro, me espera un ratito que la hago cortita.

– Cruce no más mijo- Respondía el viejo, que a esa altura del trayecto ya olvidaba el mal rato que le hacía pasar mi jefe, el administrador del negocio, quien le debía 18 lucas.

Luego de dos o tres viajes, según como amanecía mi espalda, dejaba los productos en el hall, pegado a una puerta lateral de los ascensores.

– Hola compadre. Oye por favor, deja que suba la gente primero. Solicitaba el conserje del imponente edificio.

– Ok, respondía yo. Y cavilaba sobre mi condición de «no gente».

El piso al que debía llegar era el séptimo. A las nueve de la mañana las hordas de oficinistas se agolpaban en las puertas de los cuatro ascensores y yo no podía hacer otra maldita cosa que esperar. Una vez en mi destino, realizando suculentos esfuerzos lograba llegar a la puerta donde tenía habilitada por contrato entre la empresa de comidas y el banco, una pequeña despensa para guardar los alimentos, y organizar los inventarios de lo por vender. En sí mismo, el oficio era simple, vulgar sí se me permite. A las semanas, los clientes se sentían en confianza para pedir ciertos encargos. Algunos, lisa y llanamente aseguraban los mejores almuerzos. Otros, comenzaban a confidenciarme detalles de sus funciones en el banco, y hasta un par de mujeres cuarentonas coqueteaban de manera agraciada pero decorosa.

A veces mientras compraban, algunos me manifestaban el fastidio demoledor de sus rutinas, mientras otros se jactaban de sus menudencias familiares que poco o nada me importaban. Los menos, respondían a mi paso de una manera despreciativa. Podía leer en sus ojos cierto nivel de lástima hacia mis funciones. Esto se sentía como una ráfaga de ira y un subidón de temperatura en mi sangre.

Un peregrino deseo alimentado por la bestia del ego me ponía tenso. A la hora de mi almuerzo, en principio era notoriamente visible como eludían mi presencia. En un comedor compartido entre oficinistas,

ejecutivos, trabajadoras del aseo, del servicio de climatización, etc. Ahí estaba yo, esperando la liberación de un espacio en la mesa rectangular disponible. A menudo intentaba amilanar la espera bebiendo un poco de agua o tomando café en las máquinas que se encontraban en la sala del comedor.

Los mejores días para la venta eran los lluviosos. Eso les nutría de una esperable pereza. Esperable porque pasaban la mayor parte del día sentados sobre sus traseros rutinarios. Alcanzaba a realizar tres o cuatro vueltas por cada pasillo, y vendía un 75 % de lo que llevaba desde la cocina del local ubicado a unos 200 metros de la estación Salvador, en Providencia. Los días de poca venta eran los peores para mi espalda. Debía volver caminando dicha distancia y hacía paradas para liberar un poco la tensión corporal. Al llegar al negocio, generalmente esperaba a que llegara el hijo del administrador, un tipo joven como yo, pero mucho más alto. Se encargaba de la logística, de comprar los insumos y también salía a vender en otros puntos de venta.

Teníamos buena relación, y nos conocimos porque existían amigos en común. En una de las tantas charlas post pichanga de futbolito, el flaco Oscarito recogió mi relato de solicitud para poder trabajar. Yo había desistido de trabajar en mi profesión, y buscaba algo de dinero para pagar mis cuotas del crédito universitario.

Nos reunimos un martes, y ya el miércoles iba a trabajar. Entendía claramente lo que exigía de mí, y él también respecto a los que yo solicitaba, salvo cada fin de mes. Era duro para pagar. Quizá demasiado, aunque justificadamente celoso de sus intereses. Había tenido varias desavenencias con antiguos vendedores, y tampoco podía negar la insoslayable presencia de los genes. Su padre, el viejo que no le pagaba a tiempo al taxista, era un tanto conchesumadre. Sólo un tanto. Tan alto como el hijo, pero con un carácter seco y flemático. Era el encargado de los números y las cuentas de la pyme.

Lo más gracioso era escucharlo intentando parecer genuinamente alegre. No lo era, y sus sonrisas o comentarios eran sombríamente paternalistas o socarronamente verticales. Sobre todo, con el ayudante de cocina. Un

joven haitiano, que trabajaba en dos lugares y cuya presencia era siempre la primera que me recibía después que amarraba mi bicicleta en una de las rejas adyacentes al local. Éste se encontraba entre varios edificios que conformaban un perímetro de varias torres.

- Buenos días compadre.
- Buenos días – respondía Dumas.

Dumas tenía las manos áridas, y por supuesto siempre estaba cagado de frío. Era pequeño pero fuerte, y su ánimo, aunque aletargado por el cansancio y las horas de extenuando trabajo, siempre estaba a punto de soltar alguna broma. Yo le ayudaba armando los cubiertos plásticos que se entregaban elegantemente sellados. También colocaba las tapas a las frutas y los almuerzos. El tercero en llegar era el cocinero. También joven, y agradable. Luego de unos 20 minutos, aparecía el viejo dueño.

- Cómo va- Decía siempre saludándome a mí antes que al haitiano.
- Dumas, vengo del baño y está la cagada huevón. Sería bueno que lo limpiaras eh. Soltaba el viejo.
- Hola jefe- respondía el morocho.

El último en llegar era el hijo. Casi prestamente para cargar la mercadería y partir a los puntos de venta. Después de un tiempo mi espalda no me permitió seguir trabajando por el mínimo, o por un sueldo maquilladamente superior.

Repartidor de volantes

Aprender una frase, evitar el atropello, entregar el tríptico y mirar pechugas. Eso es lo que hacía dos o tres veces por semana. Llegaba casi siempre puntual a la salida del metro Tobalaba. El gentío y la intensidad de la población flotante del sector era y según pude comprobar hace un par de semanas, el mismo que en esos días. El desayuno en la garganta y un frío habitual en los meses invernales de Santiago se hacían enemigos sin dificultad. Yo recibía instrucciones de Solange para que entregase correctamente la información. Poco a poco iban llegando al encuentro los demás compañeros volanteros.

– Tienes que fijarte bien a quién le entregas los volantes. Ni a taxistas, ni autos viejos, ni gente fea. - ¿Me entiendes? Discrimina, por favor.

Esto que se lee aún como una clasista adoctrinación, no era sino la invocación y el deseo ferviente de establecer diferencias entre el común y corriente chileno, y el que podía acceder a las ostensibles y caras cabañas de agrado que ofrecía la empresa que publicitábamos y por la que recibíamos 10 mil pesos diarios, pagados en cada quincena, y con un horario de 6 horas. Afincados en una cuestionable realidad socio-económica, los folletos estaban diseñados para una clientela arribista y aspiracional. Por cierto, exclusiva. Lodge de pescas, saunas, canchas de tenis, minigolf, etc. y una ubicación colindante a la cordillera de los Andes. Un lujo para la minoría.

En el auto de la coordinadora, una delgada y neurótica mujer al volante, nos reforzaba nuestro público objetivo, mientras nos transportaba hacia los puntos de entrega del material. Nadie quería la avenida Andrés Bello. Era una calle ancha donde los autos corrían, y los semáforos no ayudaban

mucho. Sin seguros de por medio, ninguno de nosotros quería terminar nuestros días atropellados por un hijo de puta de nuestra misma edad en un Mercedes Benz. Al poco tiempo uno se percataba que el trabajo era además de peligroso, mal mirado. ¿Quién se expone por 10 mil pesos mugrientos a que lo atropellen?

Ya una vez en el punto de entrega, uno debía realizar dos cosas. Primero, intentar congeniar con el vendedor ambulante o con el artista callejero que habitaba en dicha esquina. Y segundo lugar, estar atentos a los inspectores de seguridad municipal que cursaban los partes respectivos a la empresa, pues no siempre teníamos permisos para repartir los materiales. Los vendedores ambulantes no eran de muy dócil trato que digamos. Estabas invadiendo su territorio, y algunos realmente se ponían agresivos con uno.

– Saca las huevás flaco, por la chucha. No ves que tengo que pasar.

– Puta, si también estoy trabajando. -Respondía.

Al principio me calentaba la cabeza. Después, simplemente dejó de molestarme. Ellos hacían lo suyo, y estaba bien. El tema de los inspectores sin embargo era más complejo. Apenas me divisaban, comprendía que tendría que llamar por celular a la insufrible coordinadora. El hecho de que la empresa no pagara permisos era una realidad tan asible y palpable como la tremenda brecha de desigualdad imperante en el país. En las columnas de los periódicos serios y decentes, (los menos) se hablaba de un Chile como el país más desigual de los que integran la OCDE. Que los salarios eran proporcionales a los de Angola, y de la necesidad de reformas en el sistema tributario, educacional y de pensiones.

Pese a ello, los afiches en mis manos seguían insistiendo con las cómodas cabañas de relax, los lodge de pesca, y el minigolf. Convivían dos países en unos cuantos segundos que duraban los semáforos; El que teníamos que evitar y el grupo objetivo de la empresa de ecoturismo.

Garzón y bailarín: Un subempleo entretenido

Cuando subrayé el aviso de garzón que venía en la sección de clasificados imaginé otra cosa. Llegué puntual una mañana de sábado y la fila alrededor del tipo encargado de la selección se empinaba por los 30 ó 35 postulantes. Hombres y mujeres esperaban su turno para el reconocimiento con el entrevistador. Mi turno llegó justo cuando ya me estaba arrepintiendo. No sería la primera vez que semejante sentimiento me inundaría.

- Valenzuela, Manuel -Llamó con una voz firme y determinada el tipo encargado de las entrevistas efímeras.
- Sí, soy yo -Me apresuré a responder.
- Acérquese por favor. Usted, ¿qué disponibilidad tiene para el trabajo de garzón?
- Inmediata señor -dije no sin falsa emoción.
- Ya, espere en la mesa que está allá con los demás.

Recuerdo que a eso de las 12 de la mañana yo me encontraba secando platos y cubiertos en la cocina. Un ritmo frenético de actividades se llevaba a cabo con ávida coordinación; cocineros, coperos, aseadores, garzones. Todos trabajando contra el reloj

- ¿Ya pues niñitos, hasta qué hora los espero? La inconfundible y amanerada voz del meitre del Club de Eventos se oía cada 10 minutos para llamarnos la atención o sin eufemismos mediante, putearnos a viva voz.

Por delante, un emperifollado matrimonio nos pondría a prueba. Defectuosas bandejas negras comenzaban a ser discutidas por los garzones más antiguos.

No entendía bien por qué, pero pronto lo sabría.

- ¿Tenís bandeja? - Me dijo uno de nombre Joel.

- Supongo, ahí se ven varias le dije, mientras apuntaba a una mesa repleta de bandejas. Joel me miró y se limitó a reír.

Antes de comenzar a atender a la gente, teníamos la posibilidad de almorzar en una pequeña sala habilitada como casino.

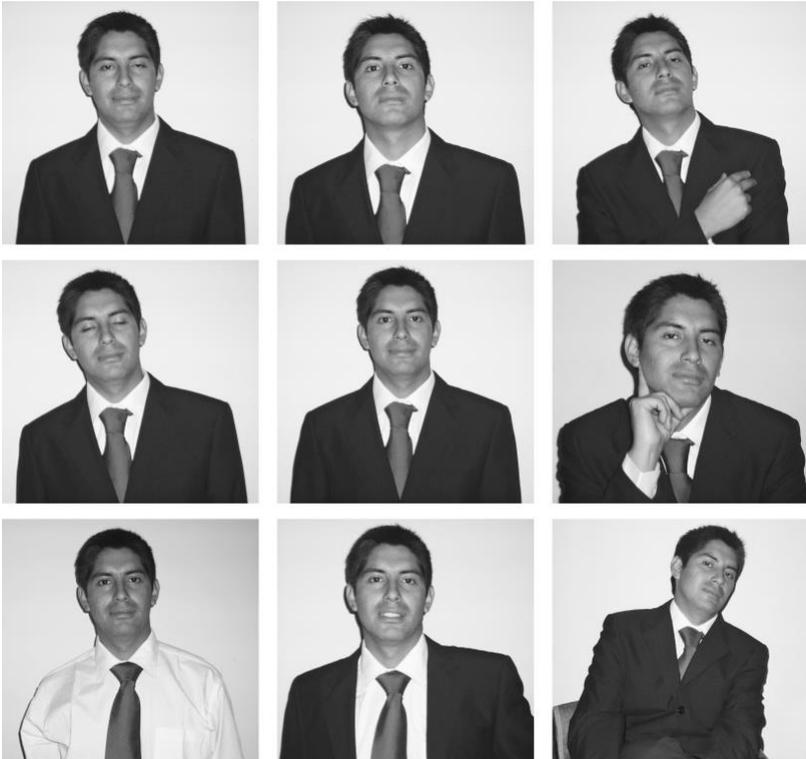
Fideos con salsa de tomates fue la comida que siempre nos daban. No importaba el día, ni el matrimonio, ni el tiempo que llevarás trabajando ahí. Fideos con salsa era lo que te esperaba.

Fui a buscar una de las bandejas y me di cuenta de lo que hablaban. Eran unas bandejas de plástico negras cuya base se encontraban absolutamente disparejas y con relieves en claro desequilibrio. Los matrimonios eran precedidos de unos refinados cocktails y nosotros debíamos llevar delgadas copas de kir royal o champagne. Las condiciones de las bandejas hacían muy complejos nuestro tránsito por entre los invitados, que ajenos a nuestros malabares sólo querían ser atendidos como reyes, duques o la clase alta que aparentaban ser. Pero lo peor sólo estaba por venir. Una vez recopiladas las copas de de champagne previas a la cena, una popular canción de música electrónica comenzaba a sonar en estridente volumen.

Debíamos pasearnos al son de la música, evitar obviamente que se nos cayera alguna copa, y ofrecer a los invitados el buen alcohol. Bufonesco hasta decir basta, y un tanto para evitar sentirme avergonzado por el baile-coreografía, y otro tanto para que no botar alguna de las putas copas de cristal, bebía un poco de cada copa para que no se me rebasaran.

Luego, servíamos los platos. Finalmente, retirábamos todo de la mesa, y llegaba el momento esperado por todos. El baile. Para nosotros era nuestra oportunidad de recibir propinas, considerando que nuestro fijo era de 15 mil o 18 mil pesos según el evento. La clave era simple, no dejar que se vaciaran los vasos de los más viejos. Daba lo mismo la mesa,

donde hubiera un viejo tomando whisky, ahí estaba yo al acecho. A veces me iba bien, y valía la pena llegar a casa con los pies hinchados y sin poder moverme todo el domingo. Otras veces, sólo te quedabas con el dolor de pies.



Sesión de fotos para el currículum
25-03-2010

VI.

Fui lo que he sido

Fui lo que he sido

Fui lo que he sido
con una rabia hirviendo en la garganta
con desgraciadas alegrías
con tránsitos vilipendiados
por la estética de mi generación
caminé contra el sol y de frente
quemando mi cara, mi torso, y mi memoria
golpeando turbios recodos, entre flores y maleza
gritando en la agonía de la noche, que moría sigilosa pero sonriente
bebí de diversas botellas, y robé muchos libros
pues no tenía dinero ni trabajos muy dignos
escupí un par de veces, y me persigné en mis pesadillas
porque la muerte me temía o chocaba mi bicicleta
siempre por el costado, o de espalda era ella
miserable felonía, cobarde y siniestra
apagué mis sueños en un marzo cualquiera
y disfracé mis derrotas con hermosa belleza
encendí mis pupilas en los ojos de mujeres
siempre ebrias, cansadas o sin delicada prisa
encumbré mis vacíos hasta la azotea de un amigo
y soñé que me lanzaba, volando entre edificios
disparé con nostalgia millones de penas
que agrietaron mi cama, y mi alma en fatiga
permití que la luna, iluminara mis pasos
siempre únicos, sombríos e irrepitibles descansos
pues mi vida corría, como corren en Kenia

sin zapatos lujosos y para buscar comida
me alimentaba de noche, drogado y curado
arrancando de los tigres o de las ratas del sistema
denominados todos ellos por la más grande ramera
avaricia, envidia, soberbia o pereza
entonces salté la jabalina de la sucia avenida
y recordé la mortandad de los escritores admirados
ninguno sobrevivió a su tiempo, ni a la hoguera de los años
Fui lo que he sido, y no me arrepiento
pude ser más, pero así fue mi cuento.

La pasividad de mis mañanas

No tengo mucho que agregar a la pasividad de mis mañanas. Una paloma torcaza anida en una rama cercana al quincho.

Eduard Limónov da por cerrada su estancia en New York según Carrére, mientras mi perro se estira como si estuviera practicando yoga.

Hace 12 años y un día murió Sandro, aunque yo estoy escuchando "Las baladas de Chopin" bajo la voz inconfundible de Patricio Bañados.

Evito las noticias que alteran mi renovada pero frágil salud y sobre todo considerando que vivir en Chile puede enfermar a cualquiera.

Es un miércoles de enero que otrora me encontró tirado al sol o trabajando en una oficina, y no hay mucho más que eso en mis recuerdos.

De todas maneras, me siento agradecido de este momento presente.

A salvo.

Cada peso

Hola, ¿tienes algo para obstruir mis arterias y olvidarme de ella?

El alcohol nunca me dio resultados. Sólo resaca.

Nadie quiere pensar en una mujer cuando el cráneo te mortifica.

- Eso no es mi problema. Yo sólo atiendo a borrachos melancólicos y patéticos como tú.

- Y espero que me des propina.

Te ganaste cada peso, niña. Cada peso.

El hombre que se aleja de las mujeres

Las he observado con embeleso, admirando la bella simpleza de sus miradas, y todos aquellos garbos que suponen los cánones estéticos.

Pero distante del más ínfimo y perentorio rechazo, me alejo, invisible en el burdo destino que permitió conocernos.

Aturdido, reservo mi boca para un profundo sorbo de vino, que se deja besar con alta fidelidad.

Recibo con la estupidez propia de nuestra generación, la vida resignada. Sonríe ante tantas lunas que acompañan mis noches de regreso a casa.

Pero ahorro discursos patéticos y tristes, porque inevitablemente no aprendí a jugar al conquistador.

Siempre lo he sabido, soy el hombre que se aleja de las mujeres cuya música no puede interpretar.

Nos falta más agua

Borracho de vida, de ganas de reírme un poco de todos y todo.

Siento que he vivido en estado de intemperancia permanente.

Frágil y honesto, como la mirada de un perro vagoneta.

He perdido y olvidado tantas caras, tantas relaciones.

Miro las arrugas del chofer de la micro, golpeada por la selva.

Esquivo domésticos personajes que querían algo que no tengo.

Eludo la muerte yerma con el alma llena de risas.

Acaricio a mi Vitto y recojo sus mierdas, silbando y hablándole sobre el color de sus deposiciones.

A los dos nos falta más agua.

Amé tu sonrisa

Como unos viejos atardeceres. Un perro sonrío, dibujando todo. Soy una figura indisoluble frente a tus ojos de mujer juvenil.

El ruido del agua me aquieta, como el viento que muere a mis espaldas.

Percuto mi vida, como un feble escupo mancillando la tierra. Arriba, un pequeño pájaro se olvida de ciertas palabras.

Olvida por ejemplo Que amé tu sonrisa frente a unos minutos violentos.

Helada

Hey! ¡Una helada directo a mi cucharón, por favor!

Hey, no estoy bromeando, niño. Pon tu mejor esfuerzo, porque esta vez la cerveza que pinchaste no va para mi hígado.

No te pido que sonrías, ya pinté una sonrisa en tu compañera, y gratis hermano.

Pero sirve una cerveza como si fuera mi vida en ello. Porque así es.

Podías ver un buen fuego

Podías ver un buen fuego y no era suficiente.

Una brasa auténtica y febril, inmolando el asfalto quejumbroso de tus días desechables.

Una llamarada inútil y un poco de tinto para engañarnos, una pizca de olvido sobre el letargo de los años.

Como un perro que reconoce su naturaleza animal, como un perro que entiende que es un simple perro.

Fui yo

Sabíamos un cúmulo de certezas, y no recordaba quién carajos fue aceptando las trampas primero.

Las tardes se tornaban irascibles, como esas alergias que no puedes quitarte de la piel, como una monserga de ese cura facho a medianoche.

Impasiblemente nos fuimos soltando, entreverados, fatigados por culpas y anhelos que chocaban con esa realidad que de alguna inexorable manera levantamos.

Pero insistimos, y vaya sí que insistimos. Ahora que todo está subestimado reconocemos que la cuerda se quemó por lo más frágil.

Hoy un grito patibulario me explotó entre las 10 y las 14 horas, supurando una afiebrada convicción.

Aterido por el disparo, repetí dos palabras mientras mi perro miraba con su inmarcesible inocencia.

Fui yo.

Mi falsa corbata de seda

La máquina contadora escupía cada papel frenéticamente. De una manera mecánica se expresaba cada movimiento humano.

Clientes ávidos de un tiempo agresivo. No había sonrisas reales. Todo era un correlato plástico y nauseabundo.

Yo debía aprender un sinnúmero de códigos y operaciones frente a una pantalla tediosa y burocrática, eso era exasperante.

La tensión por una transacción comercial era simplemente demoleadora. Los puños se me ponían rígidos y quería lanzar las putas monedas de 10 pesos sobre las tristes caras de los clientes.

Rostros fatigados, expoliados por el sinsabor de una sociedad enferma. La vida podía ser una porquería aterradora para esas personas.

Sus ojos lánguidos denunciaban castigos y apremios que sobrellevaban con una tristeza desoladora.

Sí, era día de pago. Y esos pobres miserables no podían disimular la precariedad laboral y sus salarios infames.

Yo me sentía capaz de volar los sesos de cada persona en esos metros cuadrados. En ése paupérrimo lugar dibujado en sus caras. En las ruinas de unas pieles ajadas y curtidas por el abuso.

Entonces miraba mi viejo reloj de falso cuero, y esperaba que una bomba atómica cayera sobre mi espléndida corbata de una simulada y tosca seda de color azul.

Pero no tenía tanta suerte.

Existían trabajos peores

Existían trabajos que podían demolerte internamente y sentías cada órgano de tu cuerpo constreñirse con alevosía.

Podría haber elegido algo peor, pero sólo era un estúpido y distraído cajero.

La cara se desfiguraba silenciosamente y mi sucia corbata asfixiaba un cuerpo demasiado golpeado por el fracaso.

Todas mis batallas solían recordarme que la muerte no sería suficiente premio.

Y además, no tenía desodorante.

Me sentía privilegiado

¿Y esto era todo?

¿De esto se trataba perder continuamente?

Vivir aún con tus padres, y ser despertados por gritos de infantes.

Masticar la misma clase de comida durante meses.

Levantarse temprano para asistir a un trabajo de mierda.

Evadir los días tomando cervezas baratas y acumulando decepciones.

Ni siquiera un buen polvo podía animarte suficiente.

Me sentía un ser humano privilegiado.

Aún tenía un lápiz a mano.

En el parnaso del olvido

En el parnaso del olvido, en las
las lágrimas de una piedra congelada por la soledad
Ahí yacen desde tiempos remotos mi ilusión y mi victoria
Quizá la luna enferma por tantas y tantas noches vengativas,
algún día bisiesto me devolvería la tibieza de su cuerpo.

No desconozco

Desconozco el olor del cuero sintético de los autos de lujo
Desconozco de cualquier tipo de nomenclatura meteorológica y de sus inútiles conceptos
Desconozco de álgebra, física y de números eternos
Desconozco de pintura, economía o matemáticas, a veces me pone contento cuando no me cagan con el vuelto
Desconozco de botánica, de fotografía y del idioma polaco o húngaro
Desconozco de procesos industriales y de carpintería básica
Desconozco de tecnología y de cuidado de roedores o tortugas
Desconozco de deportes acuáticos y de negocios o ventas
Desconozco de moda, de estética y de afinación de guitarras
Desconozco de dibujos, de Photoshop y de arte chino o bengalí
Desconozco la capital de Kirguistán tanto como nombre del presidente de la junta de vecinos del barrio
Desconozco el sabor de la miel de ulmo y del jarabe de arce
Desconozco de "inteligencia militar" y de cualquier juego de estrategia
Desconozco realmente de grupos de música posteriores a los 90's
Pero lo único que no desconozco es que
amo mucho más tu sonrisa que el jugo de frambuesa
amo cuando pones cara de monito a la hora del desayuno, en un parque o en mi pieza
amo tus tres pares de calcetines cuando el frío no es para tanto
amo tus besos más que a cualquier cerveza, de fabricación europea o tomada en la cuneta
amo tus perfectas imperfecciones, tu masoquista equipo de fútbol favorito

amo tu miedo a los gatos o que no te gusten los ostiones a la parmesana
amo mucho más tus abrazos que cualquier triunfo de la selección chilena
amo tus enojos y rabieta, que generalmente no alcanza mi cerebro a
procesar
amo tu gusto por lo dulce, aunque podamos estar al borde de la diabetes
amo tu renovada aceptación por el vino tinto, que de seguro no sabía tan
bien en mis bigotes morados
y quizá esté exagerando, pero no desconozco que te amo en toda la
magnitud de tu humana persona
con virtudes y defectos, con acuerdo y desavenencias
en luces y tinieblas, no desconozco que te amo.

Acá estaré para ti

Acá estaré para ti
entre la niebla, la lluvia o la arena
debajo de tu cama, en el techo o en la escalera

Acá estaré para ti
cuando necesites silencio o mi palabra sincera
un abrazo de 10 minutos o reír de una quimera

Acá estaré para ti
en el vaivén de tus días
cuando haga frío o te duela la pancita

Acá estaré para ti
y no es menor que lo sepas
porque aún cuando estés enojada
y pienses con los pies y no la cabeza
Igualmente mujer, acá estaré para ti

Acá estaré para ti
y tendrás mucho más que mi cuerpo o mis ganas
mucho más que mis ojos que te adoran
como si los tuyos fueran planetas o galaxias lejanas

Acá estaré para ti,
en la breve distancia de nuestras miradas
en las flores del jardín de tu casa
en cada instante de risa o de pena

con mi bicicleta esperando tus señas

Acá estaré para ti
de pie, atento y con el amor en los labios
con la cara ilusionada y mi torso caliente
con mi barba recortada o dejada a su suerte

Acá estaré para ti
entre 00:30 de la madrugada y 24:00 de la noche
entre días grises, violentos o fugaces

Acá estaré para ti
con el paso del tiempo justo, preciso y en su estado consciente
y tendrás mis besos, mis manos y mi mente

Acá estaré para ti
con un te amo en mi boca, y una excusa para verte.

Aún en la locura

Caída sin más atenuantes que un viejo y roñoso casco.

Con 82 kilos desparramados sobre el pavimento, un hálito inefable recorre mis recuerdos.

Una semana nefasta, aviesamente dolorida.

El efecto de un medicamento de los derivados del opio, trae consigo una afebrada sensación de vacío.

Entre náuseas y hormigueos he sentido la necesidad de besar.

Aún en la locura, entregaría mi alma por un largo y carnal ósculo patibulario.

Pero sólo tengo un anaranjado e intermitente foco del tendido eléctrico frente a mí.

Voy a imaginar que beso hasta sangrar profusamente, como lo haría una luna de neón en el fin de los días.

Amor por una vieja de mierda

He visto al orgullo mirándoles a los ojos
un fuego degenerado eclipsa las miradas más sencillas
Han reflejado los espejos el sentimiento de superioridad que otorga el
dinero
Fatuamente, de manera artificial, vomitiva
He percibido la frialdad de las manos que entregan desprecios
lánguidos pasos, occisos en vida.
Escamosa piel adornada con bisutería, arribistas pretensiones
olor a tumba y madera, sonoros deseos de los gusanos.
He visto ésa mirada condenatoria, denigrante, avasalladora
la ventana bajando apresurada, evitando el contacto
la suciedad rampante, la turbia necesidad de la distancia humana
un color amargo entre las luces de un semáforo.
He observado la huida, el acelerador a fondo
un frenético asco me recorre, pero soy agradecido
y quizá en la hora patibularia, nos volvamos a mirar
decrépita forma de existencia, fruncido maquillaje de la muerte.

No me busques en la aurora

No me busques en la aurora
porque mis pasos van perdidos en la calle
afuera hay gatos, bocinas y niños uniformados
existen botellas vacías, colillas de cigarros y un par de sueños rotos
No me busques en la aurora
porque nadie me vio cruzar entre taxistas malhumorados
abandoné la opaca bruma hacia un lugar infinito
y llevé conmigo mi sombrero lúgubre y también marchito
No me busques en la aurora
ahora la luna ha perdido su luminoso vuelo
las hojas caen con la inmisericordia de los días
apenas unos cuantos pájaros vieron mi sombra
y yo voy gritando quizá apagando todo fuego o toda brasa
No me busques en la aurora
pero si tenemos algo de suerte
nos encontraremos en la más turbia de las noches
y nos fundiremos como amantes desconsolados
en la auténtica ferocidad de nuestras búsquedas

Confieso que nunca me he disfrazado

Confieso que nunca me he disfrazado.

Bueno, hubo un tiempo que me ponía corbatas y ternos, y no precisamente para ir a la iglesia. Usé poleras corporativas, y me disfracé de subempleado en sus más diversas expresiones.

Pero no durante esta festividad céltica, no que yo recuerde.

Podría disfrazarme de abstemio o de personero de la UDI,

de legionario de Cristo o de supernumerario del Opus Dei.

Podría ponerme una máscara de un torturador ex alcalde

o de General Director de Carabineros

ordenando la represión en la Araucanía,

de domador de circo o de traficante de órganos,

de accionista de Penta o de ministro de Estado,

de Agustín Edwards o de Mario Kreutzberger,

de científico eugenista o de dirigente de la CONFEPa,

de Luksic o de Angelini, de narco o policía mexicano.

Pero creo que no haré nada distinto al día de ayer o al próximo 30 de octubre.

Perdonen mi actitud tan fome.

Tengo la impresión que me emborracharé como cualquier fin de semana.

Hay demasiadas máscaras para divertirse durante todo el año.

Y supongo que no me divierten suficientemente.

Creo que ningún muerto me genera tanto horror como ciertos vivos.

¿Tienes la ventana abierta?

¿Tienes la ventana abierta?

Entonces, te invadirá mi deseo o mi recuerdo en un día próximo.

Y me sentaré a los pies de tu cama.

Y mis manos conocidas escribirán una propuesta para caminar contigo

Si tienes la ventana cerrada, acariciaré entonces tu puerta,

y yo que no sé dibujar, lo intentaré un martes o un jueves,

y de mi pecho saldrá un color que jamás viste.

No podía garantizarte nada

No podía garantizarte nada
no sabía si te quedabas o te largabas
tenía una sensación vulnerable, quebradiza
como si los días fueran dagas en tus miedos
como si la noche ahuyentara todos mis deseos
y entonces decidí soltar la miseria del que busca a tientas
callando, murmurando bajo el sauce que te espía en las mañanas
porque no quiero pensar que te pierdo
porque me niego a descubrir que no sabes lo que siento
porque de solo imaginar que no te pertenezco
la calle frente a tu casa se burlaría en mi cara
durante 365 años bisiestos.

Aunque sea demasiado tarde

Estarás esperando un viejo tren,
aunque los rieles oxidados jamás despierten tus sentidos.
Y seguirán cayendo bombas.
Y habrán borrachos soportando un no sé, en una plaza o debajo de un farol.
Y quizá los perros vagos se vuelvan dueños y amos.
Y la revolución todavía estará golpeando mi torso.
Pero estaremos muy lejos.
Y espero que los espejos te indiquen el paso de los años y recuerdes que fuiste deseada.
Aunque sea demasiado tarde.

Olvídame antes que ese buque zarpe

Olvídame antes que ese buque zarpe
pues hay varios marineros, más bellos y atentos
esperando en tu puerto, con una rosa en los dientes
Olvídame antes que ese buque zarpe
pues hay mejores peces en tu acuario fulgurante
y yo soy un cangrejo de río siniestro,
contaminado y errante, por la turbiedad del destino
por las olas inoculadas, por la marina mercante
Olvídame antes que ese buque zarpe
te llevarás la gloria, a cada nación que visites
y conocerás la riqueza, que jamás pude darte
Olvídame antes que ese buque zarpe
y vete pronto mujer -----sin mirar hacia atrás
antes que la luz del muelle nos devuelva hacia
un mar, un océano inmenso y azulado
que yo jamás pude ni podré
aunque lo intente mil veces
hacerte volar como tus semejantes
Olvídame antes que ese buque zarpe
no soy tu vida, ni tu cruz
ni la gris neblina que yace escrita en tu frente
Conocerás la ternura, el perfume de los ganadores
y yo seguiré en este borde, sin límites decentes
sin amor que ofrecerte
danzarina sonriente
cómo duele perderte ¡¡¡
en la noche silente

cómo duele perderte ¡¡¡.
aunque me crea yo fuerte

Podrás

Podrás esquilmar mis profundos dilemas
desollarlos y sacarle toda la pulpa o la carne
enhebrar mil agujas con las manos atadas
y descorchar todo espanto de mis piernas quemadas

Podrás vulnerar mis mortales juegos acrobáticos
tensar la puta cuerda, con doce nudos gitanos
estrujarla con desdén, ahogando futuros
y además conseguir que una piedra golpee
milésimas de segundos,
vacíos y revueltos
inertes fluctuaciones entre ríos maduros

Podrás ufanarte de mis desgracias más sonoras y oprobiosas
como aquellas que el tiempo aviva como el más fecundo mosto
y podrás seguramente partir el cielo con tu cáliz
en cuatro cosmos o en cuatros universos
uno desangrado, otro entumecido, otro magullado y el cuarto aplastado

Podrás vanagloriarte de la muerte del sol,
del suicido taciturno de un cuervo en celo,
y podrás vender cruces con la sonrisa más prístina
que derrite y funde toda la placa tectónica del planeta tierra,
sus volcanes de lava, cuerpo y fuegos ardientes
luminosos cometas, furiosos e inclementes

Podrás mancillar la algarabía de una victoria

aunque ésta sea generosa con sus hinchas o adláteres
cultivando desesperanzas, tórridas y vengativas
y podrás maldecir las immaculadas iglesias
trémulos receptáculos de curas o monjas
hambrientos de lisonjas
fugaces o eternas

Podrás hipnotizar serpientes de Afganistán
y comerte sus huevos al aceite o a la copa
escupir el veneno que exprimas gota a gota
y plantar cardos u ortigas a los pies de mi cama

Podrás lacerar la fina estampa de un cuadro de Van Gogh
y podrás hacer de Dalí un oasis de sangre
podrás disparar tu metralleta señera
con la que se acribillan todos los días
jóvenes cándidos, cantantes opacos o unos viejos poetas

Pero existe un lugar en un rincón de tu alma
que jamás ni los dioses podrían visitar
y es que muerta o ya dicha mi última palabra
mis ojos y mi pena no vendrán a cenar
a tu huerto frondoso de cálidos latidos
ya por fin me despido, sin adiós, malherido
ya por fin me despido
sin amor, sin cariño.

¿Qué tenían esos gatos?

Digamos que estaban en agosto
pero podías verlos seguido un martes de julio
o de diciembre.
Las personas que no son sus amos, los acarician con recelo
o esperan con precaución el arañazo certero
Son felinos pues, de meticulosa limpieza
de presumible agudeza visual y ligero paso al andar
No sé porque la gente los ama como los amó Poe, Miller o Cortázar
y yo les prodigo un respeto superior a los demás animales
sean de cualquier fiera raza
algo me impide mirarlos con el desdén de los hombres simplones
una fogata nocturna se aviva en sus ojos si intentas domarlos
por favor lector, no lo hagas.
Taponea esas voces, que son trampas veloces
El gato es salvaje, y probablemente más inteligente que nosotros dos.
Algo tenían esos mininos de patitas rosadas, de cola enmarañada
y de festiva agilidad
pero sus movimientos poseían un garbo más cercano
a los dioses que a los humanos
algo habrán tenido y lo supieron los egipcios, aunque también
se enteraron mis antiguos vecinos
la vieja monotemática del primer piso, con su gato negro de
patas de color marfil
o los gatos de Don Mario, el verdulero de boina calada
cuyos precios hacían el quite a la usura y sus mortajas.
Algo tenían esos gatos, y yo lo averiguaré
asi sea en ésta, o en mis próximas sietes muertes.

Nunca fui bueno dibujando

Nunca fui bueno dibujando,
y quizá descubrí muy tarde los colores
no visualicé el color de las bragas de la vecina a tiempo
ni tampoco el guacamayo encerrado y con discreto aliento
de una cárcel de animales cuyo eufemismo se lee
como si tres letras en inglés la libertad les devolviese
no pude incorporar el rojo del sol en cualquier atardecer
yo sólo era un niño, sin saber dibujar o pintar
y con el tiempo he podido evocar en mis letargos
el azul y burdeo de las flores de marzo
Ven y aprende intentó sin mayor resultado
un maestro de la persuasión bigotudo y amable
pero miraba traseros sin prestarle atención
ni a sus fuertes hedores
expelidos gratuitamente
entre la comisura de sus labios
cuando jugaba simplemente
a evadirlo o ignorarlo, pues más culos yo seguía
excitado contemplando
y recordé el verde agua color de mi pieza
desde donde observé a un vecino lanzarse
y entre el gris del cemento, la lluvia y su cabeza
una maraña de rojos, turbios tonos cereza
olvidé por completo el matiz de la niebla
de la niebla espesura que negué por demencia.

En el negro silencio de la noche

En el negro silencio de la noche habita un pájaro amarillo
emite sonidos dispersos y doloridos, quizá clama por su destino
¿a dónde fueron sus mejores árboles?
quizá la última migración lo encontró enamorado
pero sigue cantando solemne, eco y vestigio de su pena silvestre
quizá sus alas se han vuelto llamas como el fénix,
ave acostumbrada a levantarse
del más ruin y seguro, del más hondo fracaso
En el negro silencio de la noche habita un pájaro amarillo
su canto de vivos augurios se agiganta con la luz de la luna,
universo complejo, que quizá reconoce o comprende su animal locura
y ahora el viento cruje sobre sus plumas delgadas,
y las ramas parecen ceder
pero no es momento para nuevos vuelos,
aún no es el tiempo de las flores de Oriente
allá lo esperan otras noches casi tan negras, casi tan silentes,
y quizá su valiente viaje lo salvará de la muerte.

Yo no sabía amanecer tranquilo

Yo no sabía amanecer tranquilo
había caos, un hígado roto y mil hijas de putas en mi cabeza
Había delirio, rosas amargas y un ojo en tinta
Yo no sabía amanecer tranquilo
como el vecino, su viejo quiltro o su cuidada camisa
Yo no sabía amanecer tranquilo
tenía sangre que no era mía, no digas misa
Yo no sabía amanecer tranquilo
Y mi figura rala y confusa no iba de prisa
Yo no sabía amanecer tranquilo
La guata helada, los pies mojados y una bicicleta partida en dos
Yo no sabía amanecer tranquilo
Mis manos rotas se quedaron tías por la agonía
de un papel triste y su putrefacta verdad.

No te devuelvas flaca

No te devuelvas flaca, llegaste musitando tu pena
inclaudicable pero serena
convertiste sin pudor o falso afán todas las piedras
rocas gastadas ahora gardenias, flores de loto también lavandas,
antes malezas
La rueda gira en un juego sucio, desenfrenado
pero tu encanto divino y amplio se ha eternizado

No te devuelvas flaca, ya sé que es tarde para remilgos y conjeturas
ya sé que es jueves, como mañana tu despedida
pálida y tersa tu cara fresca que me ilumina
tal como faros o como antorchas en la neblina
y en tu camino ya se divisan nuevos colores
serán amantes indisolubles de tus pasiones

No te devuelvas flaca, la vida de esos gatos,
los confidentes de tus romances
juegan ausentes de cualquier dueño o cualquier daño
mas son los perros, los de mi pecho los que te olvidan
y son tus miedos los funerales que nos disipan

No te devuelvas flaca, el viento sonoro mandó tus cartas todas distintas
las que eran verdes o las celestes se han vuelto grises
las amarillas y las azules no tienen tinta
y las que se quedaron ahí en tu alma sin escribirse
se han vuelto mías puedo leerlas, sabia desdicha
cuando te vayas será la muerte mi fantasía

mirada justa, acrisolada pero sin vida.

Existe un desamor en la mirada

Existe un desamor en la mirada
de vendedores ambulantes, carpinteros o errantes con corbata finas
mascullando la putrefacta rutina, que devora los sueños muy deprisa
Existe un desamor en la mirada
de jubilados que cavilan en las plazas
de profesores confinados al exilio,
por el programa educacional de algún ministro
seguro lerdo, un poco facho y bien cretino
Existe un desamor en la mirada
del estudiante, un niño-hombre cimarrero y muy imberbe
A tiempo saca de sus bolsillos un cigarro, se vuelve viejo,
moribundo y sin noviazgo
Existe un desamor en la mirada,
de la vecina, de sus arrugas, de sus bragas o de sus primas
de sus heridas y cicatrices ya sin caricias
Murió su amante fiel y arrogante combatiendo en otra guerra,
la afrenta eterna de buscar mejor futuro,
patente hoguera en una mina antofagastina
Existe un desamor en la mirada
del paco gordo,
reptil sin vida, un infrahumano que el vicio cuida
el sucio margen y viles ganancias de 10 familias
Existe un desamor en la mirada
del poeta y del pintor mapuche
que yace muerto, ya sin versos, prosa o rima
ignorado y mutilado por la prensa escrita
también sus lienzos y sus cuadros hoy se reciclan

Existe un desamor en la mirada del que mira,
ya me aburrí de aquella plaza y de ésa esquina
Subí en Mapocho como un gato en pleno agosto
y derramé mi pulcro semen sobre una roca,
sobre una impávida avenida Santa María
Allí escogí un pequeño sitio para mis penas
pues ni tu boca ni tu cara ahora son mías.

Para un día cualquiera

Para un día cualquiera, cuando tu cuerpo desgarrado
reconsidere ésa primavera tardía en tu calendario.
cuando el vaivén de tus pulsaciones se aquiete,
y el reloj sin pila de tu vecino marque las 12 y 7 minutos.
cuando la mágica gesta del rocío sobre tu jardín se disipe
y tu azulado corazón se desangre por el olvido
Para un día cualquiera, cuando los gatos sobre el tejado
se transformen en orates a causa de la música de
Stravinsky, y desees sandías confitadas o cubiertas de chocolate
cuando las orquídeas de la florería de avenida Matta
inunden con su colores
la tenue brisa que se evapora desde tu sonrisa,
y el caballo de un carabinero mórbido pueda por fin
correr en libertad hambriento de sed y de campo
Para un día cualquiera, cuando los besos
sean perfumes en tu cuello de mujer magnética
y la soledad haya sido defenestrada
como barco perdido en una isla remota
cuando las hojas de un sauce terminen
por cobijar la eterna renuncia de una pena
y mis labios griten cada sílaba de tu nombre en las dunas
y en la arena hasta que la sencilla propuesta
de acompañar mis días, se vuelva tangible
como este puño que te escribió en madera
"Transitemos en profunda complicidad, tú un poco más acá,
y yo siempre un poco más allá"

A la puta gritona que se robó mi sombrero

No tenía más que un viejo y roñoso sombrero
no era fino, elegante o dispendioso
Había sido vomitado incontable veces
bajo el triste recorrido de la noche
era profundo como mis frustraciones diarias,
pero era mío, ¡Maldita sea!

No tenía más que un viejo sombrero
no era limpio, ni excitaba a mujer alguna
no olía bien, estaba gastado como mis últimos sueldos
como los tardos, los perezosos y los que vendrían

No tenía más que un viejo sombrero
no era bello, ni servía como proyectil en fiesta fome
o dirigida por boy scouts
tertulias desesperantes de jóvenes exitosos, bien nacidos
y bien comidos no era transable, comercializable o vendible

No tenía más que un viejo sombrero
y por momentos era lo único que me gustaba de la vida
era de un material común, ordinario, y cualquiera

No tenía más que un viejo sombrero, pero
una puta gritona me lo robó un día.

Ratas, mi camino es mío nada más que mío

A los caídos en desgracia o desesperación yo les grito lo siguiente
no existe crimen, ni mutilación más grande que una vida recta
conspira contra los mercenarios y sicarios de tu fuego interno
apuñala la comodidad y lávate la cara de los trasnochados banqueros
camina solo porque morirás solo
y ningún hijo de puta se acordará de tus sueños
vacía todos los principios de pequeño burgués idiotizado por el mercado
vomita las sensaciones más placenteras y hermosas de tu espíritu
con ello lograrás pintar las avenidas de tus propias calles
con ello ningún cura ni cafiche del Estado podrá silenciar tu alma
no bajes la guardia ante la gran ramera capitalista
ella te quiere vestido de buen terno o limpiando una cañería
por el sueldo mínimo
ella te quiere envilecido, ocultando verdades detrás de un escritorio
manejando sin decencia y a su antojo
los vaivenes de una sociedad sangrante por la desigual justicia
no renuncies a tu creación, es la más pura llama que tendrás
no claudiques en las utilidades de la puta máquina
no te rindas amigo mío, y levanta la cabeza para decir
"Ratas, mi camino es mío nada más que mío".

Ya no te busco ni te espero

Ya no te busco ni te espero
porque el peregrinar absorto sobre tus calles
incendió demasiadas veces mis pupilas
porque la algarabía de tu lúcida imagen se bajó del tranvía

Ya no te busco ni te espero
porque tus manos sembraron grietas inolvidables
en mi torso desnudo porque el tímido reloj de arena
se atoró una mañana cualquiera

Ya no te busco ni te espero
porque vendí todo lo que tenía para dibujar
un sueño de cristal fino
porque tus zapatos prefirieron los recodos
y recovecos del olvido

Ya no te busco ni te espero
porque la luna, los planetas, los calendarios
y los colores se volvieron piedras
porque mis ojos confundidos en tu ocaso
se transformaron en una pintura insípida

Ya no te busco ni te espero
porque de tanto buscarte me encontró la muerte
y quemó todos mis poemas
porque el silencio de tu huida cortó todas las flores
de la primavera

Ya no te busco ni te espero
porque la lluvia trajo consigo el huracán de hielo
sobre tu recuerdo porque la tinta de este lápiz
mereció mucho más o quizás mucho menos
que una brutal despedida.

Al menos en mi cabeza

Me di cuenta que la vida no era gris
que detrás de la niebla había un par de zorzales
apareándose en frenesí
que una flor resucitaba en tu jardín,
resplandeciente y con un brillo imperecedero
que los sonidos del sol y la luna
apaciguaban el torrente de los ríos
que los caballos corrían liberados por el silvestre paraje
que los grillos destruían los horrendos
compases de las alarmas mecánicas
que un volantín eludía con gran audacia
un arcoiris de colores incandescentes.

Me di cuenta que tus ojos no eran verdes,
ni cafés ni avellanas
que tus huellas en la arena ahora refugian
a las impresionantes piedras oceánicas
que tu cintura dibujaba una sonrisa
en el vendedor de maní de camisa color malva
que tus manos acariciaban los libros
más preciados de la Biblioteca Nacional
o de cualquier puestos en San Diego

Me di cuenta que la bebida se hacía más elegante
en tu paladar de niña curiosa
que el festivo carnaval de la primavera del Barrio Yungay
combinaba con la sonrisa llana de las inmigrantes colombianas

que el colorido gentío anunciaba el derrocamiento de la tristeza
y que tu vida y la mía volaban desde el lunes hasta el viernes
en un colchón atiborrado de júbilo y placer

Me di cuenta que mis sueños estaban bañados
en una inagotable cascada de agua cristalina,
y que la felicidad esquivaba,
finalmente al menos en mi cabeza,
la compartías con la mía.

La memoria también juega

Como quien juega con la memoria
la acaricia, dibuja y besa
Como quien juega con la memoria
le grita, la roe y la confiesa
Como quien juega con la memoria
la apuñala, la masturba y la aborrece
Como quien juega con la memoria
la sufre, la llora y la embellece
Como quien juega con la memoria
la anticipa, la reprime y la silencia
Como quien juega con la memoria
la hunde, la mata y para siempre

Las mujeres de una calle que preferí olvidar

Yo no conocía la vida de las mujeres
de una calle que preferí olvidar
No sabía de sus gemidos, de sus aromas,
ni de sus furtivos coqueteos por la noche
No identificaba la frialdad de sus tacones
sobre la pétrea calzada
No balbuceaba los nombres que el destino
se encargó de marchitar en el tiempo
Yo no conocía sus piernas, ni sus bocas ni sus caderas
No imaginaba que la profundidad del deseo
se hiciera carne y vino
No presentía que la voracidad de sus pupilas
encenderían mis lánguidos ocasos
Quizá muy tarde reconocí que no sabía nada
de las mujeres de una calle que preferí olvidar
Quizá muy tarde, porque la luna, las botellas y la tristeza
acuchillaron mi soledad.

Caminando en la madrugada

Y derramé mis vértebras acaloradas por el trajín
Vacié mis sudorosas alucinaciones
en tu mente de mujer tranquila
Suspiré un cálido aire sobre tu oído permanente
Tragué el humo de las sonrisas ineludibles
Conseguí enarbolar ideas en tu techo
Descansé sin dormir, con mi quejumbrosa garganta
de tiempos huraños
Y el diáfano recorrer de mis pulsaciones se aquietó
Entonces tus manos se perdieron
en las sombras de una mañana cualquiera
Entonces yo seguía caminando en la madrugada

Demasiadas veces

He perdido demasiadas veces.
He perdido de maneras tan deshonrosas
que la vergüenza ha sido permanente.
He perdido con tanta fuerza
que me ha costado levantarme.
He perdido demasiadas veces.
He perdido y es como una mancha indeleble.
He perdido tanto que ofrezco mi honesta disculpa
a quién jamás mereció mi lamentable
actitud. He perdido y no conocí la victoria.
He perdido y no culpo a nada ni a nadie por mis derrotas.
He perdido y no conozco otra manera.
He perdido demasiadas veces.
Lo siento, perdí ayer, perdí hoy y perderé mañana.
Perdona, pero no he aprendido a ganar.
La victoria fue y sigue siendo esquiva, lejana, huraña.
He perdido demasiadas veces.

No quise

No quise transitar por mi conciencia amordazada,
cuya crapulosa desidia retorció mis animales deseos
No quise musitar la culpa de mis días sombríos, días
que visitaron tus jardines ahora yermos.
No quise recordar la perenne tristeza que atribuló mi sangre
No quise vociferar la condena cerebral a la que me arrojé
No quise mancillar mi propia imagen cubriendo con barro
y silencio las heces de mis sentimientos.

Ahora vuelvo sonrojado con la afrenta de un pasado imborrable
Ahora vuelvo para, quizá cómo, eludir la marchita pena de mis actos
Ahora vuelvo transfigurado a plena luz del ocaso
Ahora vuelvo entumecido por el dolor que provoqué
Ahora vuelvo sin gloria, sin hastío, sin asco

Quizás ahora, vuelvo para caminar por la tierra
quizás ahora, porque el fuego ha quemado demasiadas veces mis pies

Sucias son las palabras

Sucias son las palabras que no quieres decir para no herir a los demás
Sucias las intenciones y los juegos diabólicos de tus labios
Sucias las condescendencias de pasillo en pasillo
Sucias las maromas que te impiden olvidar el jamás

Limpios son los corazones de las vacas y no de los humanos
Limpio es el asesinato de un buen escritor
Limpias son las noches bebiendo en tu jardín
Limpio es quien sangra de esperar en vano

Fuertes son los colores que disparan tus ojos
Fuertes son quienes resisten a todas las indiferencias
Fuertes son los olores de corazones pudriéndose
Fuerte son las noches de juerga, aventuras y carencias

Débil es quien ama
Su debilidad es el arma del amado
Lúcida es la asquerosidad del sentimiento cuando se rechaza
Débil es la creencia de cualquier dogma cuando clama

Enormes laberintos se cuelan por los sesos
Suavemente disparan balas entre los pájaros
Vómitos te recorren los ojos
No juegues con nadie por unos pesos.

Rompe

Rompe con todo lo que te obligue a ser tú
Tú no eres nunca el que serás en los sueños de quien ames
Rompe contra lo que impida que puedas evadir
los sucios toboganes del infierno
Rompe contra los que esperan algo de ti
Nunca rompas contra tus ganas de cagar, mear, culear y tomar.

Hubo una vez

Hubo una vez un perro del infierno
viviendo entre nosotros
Lo asesinaste tú, pues yo le prendía velas
Yo le daba de beber
a la nostalgia que su muerte me produjo
Tú mordías el anzuelo del destino
Cómo extraño a ese perro del infierno
viviendo entre nosotros

Eso es lo peor

Nada es tan bueno como un día para perderlo todo
Lo peor que puede ocurrir
es que no sientas que lo pierdes todo
Eso es lo mejor, la sensación de perderlo todo
Nada es tan bueno, porque amaneces con todo lo que quisiste perder
Eso es lo peor.

Perros Futuros

Rápido como un conejo
Trémulo como las carnes
Sombrió como tú brillo
Profundo como la noche
Desollaste mis martes
Ultrajaste el castillo
Donde habitan los deseos
Donde muere el cariño

Vulgar como cualquiera
Preciso como un cuchillo
Ardiendo entre tan ira
Miro, enfoco y apunto
La muerte es mi pasillo
Donde moran las ganas
Vertederos de los sueños
Con tus manos desgarras
El paraíso perdido,
rutilante pretexto
Mujer de ojos claros
Vómitos de sufrimiento
Galopando en quimeras
Muriendo en tú contexto
Odiando estar vivo
Entre mierdas despierto

Gráficos de planos y más planos vacíos

De cobardes acciones, buscando otros aires
Por donde se cuele la bondad de un hombre
No hay vida para un solo candor
¿Un solo hombre capaz de matar a todo el mundo?
Muchos mundos desangrándose día a día
Inalterable en el tiempo
Ella se ilumina, y pronto el infierno
Sus piruetas enseña
Calor con aires desérticos
Frenesí de lágrimas corriendo
Lluvia de fuego putrefacta
Insolencia del tiempo dirán muchos
Soledad de la sangre reflejo
Abierta carencia de pocos
Carente de sueños impúdicos
Se deshace la vida de los gatos
Entre laberintos de tierras desoladas
Tus ojos se burlan lúdicos
Del mañana y sus perros futuros

Tiempo valioso

Tiempo valioso en que los ojos recorren
fragmentados colores, piezas de realismo
crudo y cruento como el cine italiano
tan violenta como la verdad de una cámara
tan sanguinaria como la historia de nuestra raza
Mágica aventura de mirarnos a la cara
y trágica silueta del silencio cuando calla

Mi viejo teléfono

Mi viejo teléfono ha detenido su funcionamiento,
pero no por ello ha dejado de comunicar.
Sigue comunicando que requiere ser cambiado
y quizás muchas otras y asertivas afirmaciones.
Como la desafiante y majadera burla que aún me profieres
y que espero que termine.
No diré la marca, cuyas letras siguen en tu pantalla
ya sin más operaciones que la sorna o quizá la enseñanza.
Las siete letras de tu palabra se iluminan todavía tenuemente.
Pero llamadas ni mensajes podrás recibir ni emitir.
Lo cargué de más, parece que ha sido el motivo de su defunción.
Murió por calentura eléctrica han dicho los forenses
no especializados en muertes electrónicas.
Humilde y sencillo, ya sin tapa estabas.
Fuiste atropellado igual que yo,
pero seguiste conservando música y conversaciones.
¿Será tu corazón de batería el que ha muerto?
Malditos manuales en otros idiomas
y cuya manifestación escrita
es siempre monótona y técnica.
Irreparable actitud la mía,
por no tomar al pie de la letra las recomendaciones
de los empleados de una firma transnacional.
Por ello, no me culpen en demasía por estar incomunicado
fuera de este disque espacio virtual.
Será tu cuerpo reciclado y no arrojado a las fauces del Mapocho,
como en primera instancia anhelé.

Puedo contestar al correo electrónico de hoy en más,
o si es que tenemos la fortuna de la casualidad,
intercambiar mensajes por el chat creado
por el inefable mister Zuckerberg.
Sin más, te despide vuestro orgulloso dueño.
Descansa mercancía y aparato ameno.

María

Una sonrisa antes vista en el cine
Levitando sobre mi pecho
calcinado por tantas noches fulgurantes
Una boca que no es mía,
y los minutos apilados sobre mi copa de elegante alcohol
Una mirada para morir en la soledad de un amor incandescente.
Yo, sin ella, eternamente.

Diminuta sonrisa

Un recodo borroso, crepitante de nostalgias.
Rememoro una diminuta sonrisa.
Tú, remilgando un amor inconducente,
etérea, aquí y allá, en la nada.
No existe un mejor lugar que el olvido,
y aun así grito tu nombre a raudales.

Bicicleta

Ella no le temía al día o la noche o a la neblina
cruzaba a saltos por las calles, grises lejanas o vecinas
sus luces, anuncios sutiles de la velocidad de unas piernas
febril, prófuga y voluntariosa belleza
Ella frena, se detiene y comienza
Ruedas quemando el asfalto o cualquier vieja pista
La agilidad parece haber perdido
pero sólo es una trampa vehicular a tus sentidos
Oxidada por el metal de tu cadena
no demores en llegar, radiante meta

Oferta Laboral

Buscaban personas comprometidas.
Y yo tenía demasiados compromisos sin cumplir.
La puerta se veía mejor cerrada desde fuera,
y al final disfruta de la vida de los perros vagos.
No necesitaban nada, ni comida ni abrigo.
Eran animales leales y agradecidos.
Yo también era leal.

En mi barrio

En mi barrio sabía que era domingo porque escuchaba balazos en medio de una fiesta de acalorados vecinos futboleros. Y eso parecía divertir a la gente por una eternidad.

En mi barrio sabía que era domingo porque el hedor de frutas y pescados en descomposición permanecía en el pavimento durante horas, y al otro día, aún olía a porquerías que alguna vez fueron comida.

Y el viejo afilador de cuchillos bebía un sorbo de vino barato. Y yo veía tantas caras desconocidas, agrietadas por el desastre de los días.

Entonces la ventana de mi sucio departamento me recordaba que existen palomas de calor café, y el techo destartalandó una capa de pintura caía como la nieve que nunca tuvieron los árboles de navidad de este pequeño barrio.

A veces la vida sonreía, pero costaba identificar las muecas disimuladas en el camino

Fósforos

El tibio sol derrite lo poco que se acumula entre los pilares del ladrillo.

La fachada gotea y mi perro lleva unas cuantas manchas entre el ceño y el hocico.

Envuelto en una túnica de polar con motivos de Batman, persigue de aquí para allá a cada transeúnte fortuito.

Los vecinos parecen olvidar el día que llegamos a esta casa.

Creo que también había llovido tenuemente porque las puertas de la reja mojaban mis dedos mientras el limonero parecía darnos una bienvenida fecunda y prolífica.

Los negocios aledaños tienen una pausa tan común en los barrios a la hora del almuerzo que no encontramos fósforos para la cocina.

La hora de las resignaciones

La hora de las resignaciones puede demorar un poco de tiempo o quizá mucho. Pero su llegada es ineludible.

Y ocurre como una ráfaga inmisericorde. Mientras intentas asesinar una mosca con una chala, la mujer que deseas ha decidido reunirse con ese joven promisorio que tú no eres.

Y el muchacho con el que coincidiste en una sala universitaria te lo acabas de encontrar en un ascensor vestido de gerente comercial.

La mosca te esquivo incluso de manera burlesca, y el poeta que admiras muere en el más absoluto anonimato.

Sucio y alcoholizado, te das por enterado. La hora de las resignaciones está sentada a tu diestra.

Teniente Dan

Ella no se da cuenta que la miro con el embeleso propio de un niño en el planetario. Le ofrezco vino, pero no calculo el contenido de la botella, no alcanza para mi copa.

Sirvo placentemente y espero que no se dé por enterada. La vuelvo a otear sin grandes pretensiones. Por mi cabeza pasan frases que podría decir, halagos torpes y rebuscados mientras llega el ascensor.

Salgo de un estado más propio de los beodos que de los enfermos dados de alta. Y el más juicioso de los pensamientos me atraviesa como las garras de una fiera imposible de domeñar: Sal de ahí ahuevonado, que esa mujer no es para vos.

Recuerdo la ropa tirada en mi pieza, mi billetera famélica y las cicatrices de mi última operación. Buenas noches le digo al conserje, como si fuera el único testigo de mi regreso a la sensatez.

Observo un calendario que compré en el metro. Se acerca la fecha en la que muchos nos sentimos como el Teniente Dan.

Mi última noche en el Carrera

Recuerdo tres escenarios, borracheras inagotables y unos atuendos que nunca volví a ver. De dónde salían esos estilos de ropa. Abrigos eternos en pleno verano, látex y mucho maquillaje. La fiesta era una especie de bautismo o consagración a The Smiths o The Cure, casi de manera religiosa. No puedo recordarlo con mayor precisión porque apenas me afirmaba entre escaleras. Llevábamos horas fumando mota y tomando pisco barato. Aturdido por la ventilación exigua y el sudor que derretía el rímel de los parroquianos pude hacer pie en una esquina. Una chica que no conocía tomó mi mano y bailamos hasta perdernos completamente. Y sí, creo que esa fue mi última noche en el Carrera.

Patos, gansos y tortugas tiradas al sol

Te convertí en memoria porque es el único lugar en el que te puedo volver a besar.

Ahí me correspondes y te decides a caminar conmigo. Nos reímos de taxistas malhumorados y de tendencias ideológicas aberrantes.

Tomo tu mano una vez más en la soberanía de la noche, elijo para mi propia desgracia el mejor ángulo de tu boca, y elevo mi copa de vino silente, sólo para olvidar lo que no fuimos.

Salud le hace falta al seguro social, y también a mis desayunos que nunca compartiré contigo.

Abandono para siempre mis recuerdos aquí, junto a patos, gansos y tortugas tiradas al sol.

Como dos alas de cuervo

A veces consigo distraerme de una manera estoica y a la vez un tanto idiota. Cuento polillas que se posan en las cortinas de mi pieza y chanchitos de tierra desparramados por el húmedo jardín después de una lluvia. A veces consigo no recordar esa sonrisa aparatosa y cálida al mismo tiempo, oteando una muralla que acumula varias muertes de zancudos.

Cuando la noche golpea, y puedo dejar de pensar en esos ojos inmensos y tan negros como dos alas de un cuervo americano. A veces mis recuerdos facilitan una tregua, una somera quietud en las madrugadas más íngrimas que puede tener un hijo de vecino ordinario, pero con una memoria privilegiada.

A veces consigo olvidar a esa mujer indeleble y que circunstancialmente se asomó por mis días tan aciagos como bucólicos. Y olvido su breve nombre y su rostro cetrino, mientras recojo las fecas de mis perros entre tantas cáscaras de almendras esparcidas por la tierra. Ojalá pudiera siempre conseguir distraerme eternamente, pero la naturaleza está repleta de tu avasallante humanidad.

Un día antojadizo de septiembre

Un día antojadizo de septiembre caerán los volantines sobre el tejado, descorcharemos vino una y otra vez, mi perro perseguirá unas palomas cafés y una brisa inefable recorrerá la casa.

Habrán risas que parecerán eternas y el verde follaje de los pinos recibirán los cálidos rayos de la estrella más grande que conocemos. La música no será un eco distante, y habrán invitados prestos para el baile.

Un día de septiembre volverá todo lo que quedó detenido en el tiempo, incluso esta febril manera de extrañarte.

A plena luz del día

Voy arrancar de la muerte como hacen los gatos. Caeré de pie a plena luz del día. Surcaré por arenas movedizas con el cuello erguido y la dignidad del que mira de frente.

Voy a pasar de largo las iglesias y todos sus dogmas. Los sermones y monsergas serán para otro, pero asomaré mi corazón hacia la vida sagrada de los amaneceres. Ahí donde el jardinero estira la manguera municipal, ahí donde el panadero apaga su despertador a las 3 y media de la mañana.

En mi mente divagan jugadas de fútbol inmemoriales y sempiternas. Amagues en la calle, con una luz tenue y anaranjada, evitando autos y alguna que otra piedra en las caídas. En un barrio cualquiera de 1992, y se juega hasta las horas en que a muchos nos terminaban retando.

En dichas ensoñaciones está la luz de mi salvación. Entre gatos piojentos, amaneceres helados, jardines húmedos y pichangas infantiles que volveré a jugar en el nombre de Cristo, salud.

No me equivoqué de camisa

Sí, uso esta camisa desde el año 2006. La compré en esas ventanas que entregan los horarios académicos. Fue un lunes, y me quedaban 5 mil pesos del trabajo como garzón que hacía los fines de semana. Me dolían los pies y no quería seguir vitrineando.

Así que entramos en la primera tienda de ropa americana que vimos. Al verla pensé en el vino y en lo torpe que sigo siendo con mis manos. Una estudiante de sociología me ayudó a elegirla, mientras sonaba el disco Fome de Los Tres en la vieja radio del local.

No me equivoqué de camisa.

Muy lejos

He despertado por el canto o quizá, vaya a saber uno, la sarta de reclamos entre unos loros paraguayos a otros.

Desconozco de onomatopeyas avícolas, o si se me permite, pajarísticas. Pero son 5 hermosos bichos verdes despreciables.

Mi perro los persigue con obsesivo afán por todo el patio.

Es sábado en la mañana, y tengo ganas de tirarme a un río y que la corriente me lleve lejos, muy lejos del ruido.

Quizás muy tarde, Vittorio

Viví solo en 3 o 4 oportunidades. Era un joven sin ninguna preparación para la vida solitaria. Tenía un pedazo de cartón en mi maletín, que más que alegría me daba tristeza.

Había abandonado toda utopía. Yo no cambiaría el sistema desde adentro, y nadie tampoco. Pero creí en eso ilusoriamente, como lo hacen los que creen que están cambiando el mundo, pero sólo es un cambio en la periferia de unos metros cuadrados.

Mi círculo era reducido e ingrato. Lo que todavía llaman capital social se limitaba a un par de viejos con caspa del Mesón Danés. Los profesores me parecían beatos o sin coraje, demasiado acomodados en los salones que la era post dictadura les permitía a los periodistas.

Mi corazón me gritaba que la palabra para definirlos era obsecuencia. Nadie hablaba de Pepe Carrasco, Patricia Verdugo o de Roque Dalton, por ejemplo, los conocí buscando por las mías. La universidad fue cualquier cosa menos una pasión, y yo era un apasionado. Almorcé solo, y no encontré placer en mi soledad.

Ni en la cocina, ni en la ducha, ni en la tele que no tenía. Quizás únicamente en el silencio. Pero eso fue todo, y nada a la vez. Busqué el brillo en los ojos de cada mujer que conocí. Pero luego volvía a mi pieza a mirar el techo y escribir unos objetables garabatos. Que luego tiraba en el papelero como si fuera un mediocre lanzador de la Dimayor.

Y sabes, siempre fallaba. A veces hasta en el tercer intento. Quizás muy tarde empecé a necesitar de compañía, quizás muy tarde, Vittorio.

Estos son los días

Estos son los días inasibles y líquidos. Me ausento ante las búsquedas, no demuestro, ignoro cualquier gesto que comprometa. Rehúyo toda posibilidad que genere expectativas en el otro.

Me mimetizo como un vil lagarto con lentes, que se oculta ante el asomo de contacto. Así me voy educando en estos días en que parecer de carne y hueso parece estar defenestrado.

Yo que derramo sangre en cada pulsación, yo que miro que la luna sale para todos y siento como la garganta saborea el vino escogido. Yo que grité tu nombre a voz en cuello sobre la cuenca gris en la que vivo.

Guardo mis sentimientos para mañana. Pero mañana se suicida cada día, incluso este sentimiento que quisiste apagar.

Regresar el tiempo

10 años y las cosas no han cambiado demasiado. Camino por la costanera hambriento de nostalgias. Una pareja de jóvenes y gráciles amantes se acarician bajo un sauce.

Un albañil bebe su pilsen camuflada en una banquita. Deseo que esté helada, compañero. Filas y filas se arremolinan en la avenida Picarte. La oficina donde me negué a vender mi alma parece clausurada.

La Última Frontera me recibe como el primer beso de un niño liceano. 10 años y las cosas no han cambiado demasiado. Sólo que al volver a la cuenca capitalina no podré besar a mi padre ni tirar de su bigote.

Quizás es lo único que me haría regresar el tiempo.

Chasca indecente

Chasca indecente. Amorfa y rebelde. Cabeza de huaípe me gritarían en cualquier barrio. Vello capilar que sólo el agua aquieta. Hijo de vecino cualquiera, desgarrado y desaliñado, intento un saludo cordial en el pasaje. Al que sólo algunos veteranos hacendosos responden.

Respiración cortada por la mascarilla, avanzo por la comuna desolada. Salud quisiera decirte, y colmado de besos pandémicos arrellanarme en tu risueña compañía. Pero he dejado de beber y tú has dejado de pensarme.

Este chascón indecente se despide, como un humilde servidor silente.



Coincidencia

Qué triste es pensarte, y sin embargo te pienso. Afuera al parecer desembarcó la primavera. Las flores del almendro se exhiben pretenciosas y los colores renuevan un patio siempre caótico. Adentro, me acompañan unos girones de pintura que han comenzado a desprenderse del pálido techo, en un plano imaginario donde también puedes pensarme.

En una diminuta esquina dibujo tu sonrisa amplia, límpida, que ilumina el crisol de mis mañanas. Los acordes de Nick Cave and The Bad Seeds musicalizan mis ideas, mientras me lanzo al pozo inevitable de tus ojos, una y otra vez en cada fotografía que captura tu humana belleza. Qué amargo es soñarte, y sin embargo te sueño. Tomados de la mano, caminamos juntos mientras la ciudad duerme, y tu risa es para mí o para los malabaristas de los semáforos, porque así son los sueños.

Qué infame es desearte, en estas horas opacas, porque mi alma te susurra, pero nunca te mancilla. Como quizás debe ser. Supongo que eres una coincidencia, una rotura de la mátrix que no vuelve a ocurrir. Una broma del registro civil, un lanzamiento de dados en el universo. Un mensaje visto. Un beso irrepetible, un 17 de diciembre.

No recuerdo

A veces busco fotos antiguas sólo para recordar que viví. No tengo buena memoria de lugares, pero sí de fechas o de nombres que recuerdo, aunque quisiera borrar. De niño me aprendía las banderas de sus países y luego iba al diccionario para ver sus capitales.

Coleccionaba álbumes de fútbol y con mis autitos de miniatura fabricaba tácticas en una alfombra que improvisaba como cancha. Bueno acá estaba hablando de recuerdos, aunque no tengan relación con la foto. Quizás sí, quizás posé para una foto mientras recordaba tantas cosas que amé en mi inocente infancia.

O quizás no, y la persona que tomó la foto ni se dio cuenta que mi mente no estaba en ese lugar del norte de Chile.



Ascenso infinito

El bus parecía haber arrancado de todas las restricciones que le caben a una inspección vehicular. Por las ventanas podía escudriñar un territorio árido e inhóspito. Pero seguíamos subiendo por montañas y montañas de cerros, desafiando cualquier lógica o gravedad.

De manera insólita quise corroborar si esto era posible o no con algún otro pasajero. Sin embargo, sólo éramos dos; el chofer y yo. Me acerqué preocupado no sólo por la velocidad que llevaba la destartalada máquina, sino por el sinuoso camino que parecía no terminar nunca su destino, como un ascenso infinito.

Epitafio

No quiero que nadie me recuerde
protegido en tibiezas,
en la comodidad que brindan los privilegios,
pocos o muchos según les parezca
No quiero que nadie me recuerde
como una persona descolorida e inmóvil
No quiero que nadie me recuerde
guardando silencio o mirando para al lado
No quiero que nadie me recuerde
justificando lo injustificable
No quiero que nadie me recuerde
buscando contextos, subterfugios ni sarcasmos
No quiero que nadie me recuerde
en la concomitancia que ofrece el muladar televisivo.
Quiero me recuerden como una llamarada volcánica,

como un fuego honesto y quemante,
como un hijo de vecino cualquiera,
pero que prefirió siempre decir lo que piensa,
y gritar a voz en cuello lo que sentía en cada esquina
Quiero que me recuerden
como alguien que perdió 20 trabajos
por nunca jamás callarse lo que no podía callarse
Quiero que me recuerden en la calle
cuando había que estar en la calle
Quiero que me recuerden
condenando lo que había que condenar y punto.

Hoy que ya no puedes verme

Hoy que ya no puedes verme debes saber que soy las bromas que dije
hasta hacerte llorar de risa.

Soy esos abrazos apretados que me gustaba dar, de varios segundos.

Soy esa pelota de fútbol que le devuelves a un niño en medio de la calle.

Soy ese perro que te sigue en la noche buscando que le rasques la
barriguita.

Soy esa copa de vino al lado de la parrilla.

Soy ese grito de gol en ese partido que miras de pie y sin amigos porque
todo puede ser mala suerte.

Soy esa complicidad para acompañarte a cualquier locura a donde sea.

Soy esa bicicleta en desuso a la que nunca pusiste luces.

Soy esa canción antigua de la que ya nadie se acuerda.

Soy ese poema sin pretensiones ni ínfulas de arte.

Soy esa fiesta de cumpleaños rodeada de sonrisas y brindis.

Soy ese orgulloso que amaba mujeres a una distancia prudente para no ser descubierto.

Soy ese que te quise como se quiere a los semejantes.

Índice.

Mensaje de Miguel	3
Prólogo	4
Capítulo I: Tránsito hospitalario	8
Escribir es lo único que me queda	9
Dormir un carajo	10
Tamarugal	11
La única rosa del yermo jardín	12
Salvador	13
Huachito, me decía	14
Un viaje a rayos X	15
Me hago el dormido	16
Calléuque el loro	17

Segundo Round	18
Las ruedas	19
Un día de julio	20
12 minutos	21
Alguien	22
Capaz de degollar ruiseñores	23
Sin saber	24
Al menos en esta vida	25
A plena luz del día	26
Un tipo optimista	27
Una vuelta a la manzana	28
Dejar partir	29
Capítulo 2: La familia y amigos	30
Un hombre feliz en la hípica	31
Los viejos amigos	32
Ahí estaba mi padre	33
Por cubrir	34
Sin prisas	35
El quinto Beatle	36
Sillas de playa	37
Viejo cagado	38
Características gordinflonescas	39
Los celos de los animales	40
Una noticia horrible	41
Reír	42
Capítulo 3: El crítico	43
Yo tenía mis dudas	44
Como cada domingo	45
Ladrones domésticos	47
Estados Unidos en la ONU	49
Verano Funesto	51
No me gusta setiembre	53
Un puñado de esperanza 1	54
Un puñado de esperanza 2	55
Será necesario	56
Dominga	57

Avísenme	58
Hoy quisiera	59
Dónde estará	60
Francisco	62
Donde no hay refugio	63
Fenómenos en el planetario	64
La pasión de un hombre no vidente de la calle Estado	65
Metro	66
Otro suicidio en el Costanera	67
Fotografía	68
En ese barrio no existían triunfadores	69
Red Social	70
Hoy es tarde	71
Sin éxito alguno	72
Yo no puedo	73
Capítulo 4: Fútbol	74
No hay excusas	75
Zurda demasiado fina	76
Segundos antes que el resto	77
Lo he visto	78
Mañanas en Japón	79
Rincón	80
Nimiedades	81
Pegar una patada	82
Aprendí a ver los partidos de pie	83
Polerones gastados	84
Cábalas	85
Calcetas de colores	86
Capítulo 5: Rolo Medina	87
¿Racista yo?	88
Culpemos a los chanchos	89
No era una mañana cualquiera	91
Ají en el culo	93
Me cago en la EURO	95
No puedes esperar demasiado	97

El Chile que no aprende	99
Tienes derecho a leer a Galeano	102
En tu infamante recuerdo, en tu deshonor. vergüenza humana	104
El viaje espacial de un tipo sin expectativas	106
E-mail de Miguel	108
El vendedor y su vehículo	109
Repartidor de volantes	113
Garzón y bailarín:	
Un subempleo entretenido	115
 Sesión de fotos para CV	 117
 Capítulo 6: Fui lo que he sido	 118
 Fui lo que he sido	 119
La pasividad de mis mañanas	121
Cada peso	122
El hombre que se aleja de las mujeres	123
Nos falta más agua	124
Amé tu sonrisa	125
Helada	126
Podías ver un buen fuego	127
Fui yo	128
Mí falsa corbata de seda	129
Existían trabajos peores	130
Me sentía privilegiado	131
En el parnaso del olvido	132
No desconozco	133
Acá estaré para ti	135
Aún en la locura	137
Amor por una vieja de mierda	138
No me busques en la aurora	139
Confieso que nunca me he disfrazado	140
¿Tienes la ventana abierta?	141
No podía garantizarte nada	142
Aunque sea demasiado tarde	143
Olvídame antes que ese buque zarpe	144
Podrás	145

¿Qué tenían esos gatos?	147
Nunca fui bueno dibujando	148
En el negro silencio de la noche	149
Yo no sabía amanecer tranquilo	150
No te devuelvas flaca	151
Existe un desamor en la mirada	152
Para un día cualquiera	153
A la puta gritona que se robó mi sombrero	154
Ratas, mi camino es mío nada más que mío	155
Ya no te busco ni te espero	156
Al menos en mi cabeza	157
La memoria también juega	159
Las mujeres de una calle que preferí olvidar	160
Caminando en la madrugada	161
Demasiadas veces	162
No quise	163
Sucias son las palabras	164
Rompe	165
Hubo una vez	166
Eso es lo peor	167
Perros Futuros	168
Tiempo valioso	170
Mi viejo teléfono	171
María	172
Diminuta sonrisa	173
Bicicleta	174
Oferta Laboral	175
En mi barrio	176
Fósforos	177
La hora de las resignaciones	178
Teniente Dan	179
Mi última noche en el Carrera	180
Patos, gansos y tortugas tiradas al sol	181
Como dos alas de cuervo	182
Un día antojadizo de septiembre	183
A plena luz del día	184
No me equivoqué de camisa	185

Muy lejos	186
Quizás muy tarde, Vittorio	187
Estos son los días	188
Regresar el tiempo	189
Chasca indecente	190
Coincidencia	191
No recuerdo	192
Ascenso infinito	193
Epitafio	194
Hoy que ya no puedes verme	195